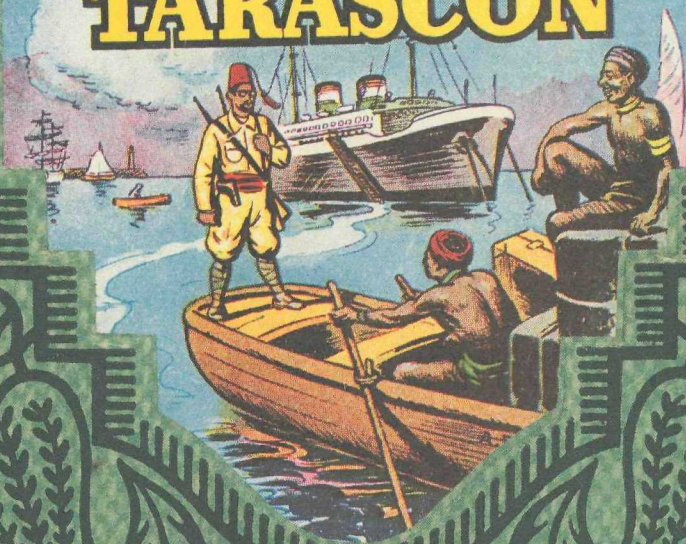


DAUDET
AVENTURAS DE
**TARTARÍN
DE
TARASCÓN**



**LAS AVENTURAS
DE
TARTARIN DE TARASCON**

CBU/F-82-4

DAU

LAS AVENTURAS
DE
TARTARIN DE TARASCON

POR

ALFONSO DAUDET

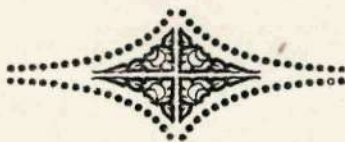
versión del francés y adaptación infantil

POR

D.^a MARÍA PLA DALMÁU

PROFESORA

(Dibujos de J. Carrera)



Reg. Ed. 40.538

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

Editorial

Dalmáu Carles, Pla, S. A.

Gerona - Madrid

Talleres Dalmáu Carles, Pla, S. A - Juan Maragall, 34 - Gerona

A GUISA DE PROLOGO

Las aventuras de este tipo ingenio y exageradamente meridional, que el gran escritor A. Daudet, con su celebrado humorismo y su prosa pulcra e interesante, compuso para estudio y regocijo de los mayores, pueden ser igualmente interesantes para los niños, singularmente por el tesoro de observación que estas líneas contienen.

Nos ha parecido conveniente incluir una versión de esta célebre obra en nuestra Biblioteca infantil, y a tal objeto, esta edición ha sido pulcra-

mente revisada, y se ha prescindido convenientemente en ella, de cuánto ha parecido poco apropiado a la tierna edad de los niños a los cuales se dedica.

Tenemos la seguridad de que la lectura de estas aventuras regocijará igualmente a los pequeños y a los mayores, y tal vez unos y otros vean más de una vez reflejados, en el héroe de esta narración, cualidades y caracteres que habrán podido apreciar en sus relaciones de cada día.

D. C. P.



EPISODIO PRIMERO

Las aventuras de Tartarín de Tarascón

EL JARDIN DEL BAOBAB

Tiempo ha que, tras varias recomendaciones, logré ser recibido por el hombre más célebre que ha existido en Francia; por Tartarín de Tarascón.

Su morada era uno de los hotelitos próximos a la estación, a mano izquierda de la carretera de Aviñón: la fachada de su casa, en nada se distinguía de las demás, pero su interior, no tenía rival en toda Francia. La casita estaba bien distribuída, pues tenía un espacioso jardín y una gran galería.

Pero volvamos con el interior, ya que es lo más interesante: dar un paseo por allí y sentir un escalofrío de terror, era lo mismo. Todo respiraba pólvora; no había habitación sin un detalle que reflejara la heroicidad del dueño.

El jardín, ¡qué maravilla! Seguramente que en toda Europa no se encontraría otro, que tuviera todas las

plantas exóticas, como él las tenía: pero lo curioso del caso era que todas ellas eran modelos de la flora del África central: cocoteros, plátanos, palmeras, pitas, algodonereros, chumberas, cactus... e incluso un baobab.

A no ser por el clima, nadie hubiera creído, al encontrarse en este parque, que estaba en el corazón de Francia.

Estas plantas, no obstante, tenían un tamaño muy reducido, pues basta decir que los cocoteros no eran mayores que las remolachas, y el baobab se encontraba a sus anchas en una diminuta maceta de centro.

Pero nadie en Tarascón había ido al África, y estaban todos satisfechos del jardín de Tartarín; los domingos, en que los tarasconeses salían de paseo, se consideraban dichosos si Tartarín les invitaba a visitar su jardín: el baobab, era la admiración de todos.

Ya podéis figuraros, pues, con qué

emoción entré en esta casa. Después de contemplar tan bellas plantas, pasé al despacho, que se encontraba en una galería, toda de vidrios, al final del jardín. No pude adivinar de qué color serían las paredes, pues estaban tapizadas de armas: fusiles, trabucos, rifles, carabinas, navajas de todas clases, puñales, cuchillos!..., me olvidaba decir que entre sus armas figuraban también las terribles llaves inglesas y los lazos mejicanos.

Todo esto lo tenía en su despacho, y había elegido para esta dependencia la galería, porque allí los rayos del sol penetraban más libremente y hacían relucir las hojas de los sables y las partes de metal de las armas, pues Tartarín cuidaba de que la herrumbre no encontrara campo abierto en su despacho y limpiaba muy frecuentemente todas las armas.

Los reflejos de éstas, me deslumbraron, y tan abundante era el número de flechas, balas, pistolas, etc., que, a no ser por los prudentes rótulos que me daban cuenta de lo bien cuidado que estaba todo aquello, hubiera temido por mi suerte; pero quedé tranquilo. Las flechas estaban ordenadas, y algunas de ellas tenían

debajo un letrerito así: "Flechas envenenadas: ¡no tocarlas!". Las escopetas y pistolas, tenían otro: "Armas cargadas; ¡ojo!".

En el centro había una mesa, y encima de ella una botella de ron, una petaca y varios libros, todos ellos de viajes y aventuras, como me demostraron los títulos de los que pude ver, que eran: "Los viajes del capitán Cook", y relatos de caza de animales salvajes: osos, leones, elefantes, jirafas, etc.

Allí estaba también un hombre, de aspecto de unos cuarenta y cinco años, bajo, regordete, con mejillas encendidas y sudor en la frente; tenía los ojos chispeantes, y estaba en mangas de camisa. En su mano izquierda tenía un libro y, en la derecha, una larga pipa que se movía a compás de las emociones que la lectura producía en el corazón de Tartarín, pues ya habréis adivinado que este hombre, que, para darse mayor aspecto de ferocidad, ponía cara contraída, con frente arrugada y labio inferior caído, no podía ser otro que nuestro gran héroe, Tartarín de Tarascón.



OJEADA A LA PLACIDA CIUDAD DE TARASCÓN.

LOS CAZADORES DE GORRAS

En el tiempo a que nos referimos, Tartarín de Tarascón no era el personaje que más tarde fue, pues ya sabemos que su popularidad se ha extendido después por toda Francia, y aun al extranjero; pero ya se había ganado las simpatías de Tarascón, llegando a ser el rey de la ciudad.

Veamos cómo se había ganado tal distinción.

Primeramente, debemos advertir que en Tarascón todos se dedicaban a la caza, desde los ancianos hasta los muchachos; y esto no data de poco, sino desde tiempos mitológicos, en que la célebre Tarasca se divertía en los pantanos de la población y los tarasconeses daban batidas para cazarla. Ya hace tiempo, ¿verdad?

Esta afición existe aún, y si estuviéramos en Tarascón un día festivo por la mañana, oiríamos los cuernos de caza, el ladrar de los lebreles, la algarabía de los cazadores uniformados para ir de caza, con bandas en las piernas, cinturón de cuero lleno de cartuchos, morrales colgando a un lado y escopeta suspendida de un hombro.

Os figuraréis que volverán por la tarde cargados de conejos, liebres, perdices... pero no es así. Ni un solo animal será herido por bala alguna, y no será esto porque no tengan buena puntería los tarasconeses, no, sino por la sencilla razón de que, después de tantos años de hacer guerra a las bestias, han acabado por extinguirlas por completo.

El suelo parece exprefeso para la caza, pues el perfume de tomillo, romero y espliego, debería tentar a los animales vecinos a que fueran a establecerse allí; pero en los planos de las aves y animales de pelo, Tarascón está marcado con una mancha roja en señal de *peligro*, y esta fama se ha hecho tan vulgar, que las golondrinas en sus periódicos viajes, al encontrarse cerca de Tarascón, aminoran su marcha, para agruparse todas, y entonces, la que dirige la banda, grita: ¡Tarascón a la vista! ¡Cuidado! y dan, veloces, un gran rodeo para no atravesar esta región.

En resumen, no hay caza; solamente una liebre muy vieja y pícara, que se ha librado de las balas tarasconesas, y tanto cariño les tiene a

aquellas tierras, que quiere vivir allí a toda costa. Su madriguera está en tierras del Sr. Bompard, y, con perdón sea dicho, le ha triplicado el valor de la finca, pues ha dado tanto que hacer esta liebre, que todos la conocen en Tarascón, y le han puesto nombre: la llaman "La Ligera",

pues si algún día daban con alguna golondrina, la comían en salsa.

Seguramente os intrigará, pues, saber qué hacen los tarasconeses cuando salen con tanta pompa para no cazar nada.

Ellos se divierten a su modo. Salen muy de mañana, y después de andar



Tartarín era proclamado el héroe todos los domingos, pues en todo Tarascón no había quien le rivalizara.

pues huye más aprisa que una ardilla, y, a excepción de tres o cuatro, que persisten aún en cazarla, los demás han considerado era inútil intentarlo, creyendo incluso que la tal liebre estaba maldecida por alguna bruja; aunque debemos advertir, en favor de los tarasconeses, que no eran muy amigos de supersticiones,

dos o tres horas, cuando encuentran un sitio a propósito, que puede ser un pozo, una casa en ruinas, un olivo, o algo que les proporcione sombra, se reúnen en grupitos de cuatro o de cinco y se tumban al suelo, sacando de sus morrales un buen cacho de ternera cocida, un par de cebollas crudas, chorizo, anchoas y mucho

pan, y con gran apetito comen el exquisito almuerzo que prolongan tanto como pueden para pasar mejor el tiempo, y beben vino del Ródano, aquel vino tan apreciado de los del mediodía, que alegra al triste y hace salir de la boca alegres canciones y charlas.

Terminado el almuerzo, con la barriga llena, se disponen a cazar; llaman a los perros, cargan las escopetas y...

— ¿Pero qué cazarán? — se os ocurrirá preguntar.

— Pues sus gorras.

Cada cazador se quita la gorra, la tira al aire tan arriba como puede, y dispara sobre la gorra-pájaro. El que acierta más veces, es proclamado héroe, y cuelga su gorra agujereada con perdigones del seis, del cinco o del dos, del cañón de la escopeta, y entra en Tarascón, entre cantos y gritos, con franca sonrisa por el éxito.

Todos los domingos los cazadores sacan una gorra nueva, y ya podéis comprender la importancia que el negocio de gorrista tendrá en Tarascón. Tienen a la venta gorras agujereadas ya, para conveniencia de los torpes, pero dicen que sólo Bezuquet, el boticario, compró una. ¡Qué vergüenza!

Tartarín era proclamado el héroe todos los domingos, pues en todo Tarascón no había quien le rivalizara, y la gorra que por la mañana salía tan planchadita, volvía por la noche hecha un pingajo.

En casa de Tartarín, había gran abundancia de estos trofeos, pues él los guardaba muy orgulloso y complacido.

Tan repetidas victorias le permitieron el título de maestro, que, por unanimidad, le concedieron sus compañeros de caza; y como Tartarín era listo, sabía los procedimientos para toda clase de cazas, desde la de gorras hasta la del tigre de Birmania, y él era quien juzgaba las discusiones que sobre estas interesantes cuestiones sostenían los tarasconeses.

Por las tardes, de tres a cuatro, podía oírse en la armería de Costecalde una acalorada discusión entre los cazadores de gorras: pero uno había, sentado tranquilamente en un sillón de cuero verde, que esperaba dar la sentencia.

Era Tartarín de Tarascón, sin serlo en apariencia, pues mejor que a él, parecía adivinarse en su figura a Salomón o a Nemrod.



¡NA! ¡NA! ¡NA!

CONTINUA LA OJEADA SOBRE LA CIUDAD DE TARASCON

La fuerte raza tarasconesa tiene dos pasiones: una, ya la sabemos, la caza; otra, la de las romanzas o canciones. Imposible sería contar el número de romanzas que tienen, pues lo aprovechan todo, y por eso se explica que cualquiera que sea, mientras sea sentimental, es acogida con entusiasmo por algún tarasconés y se la apropia. Cada familia tiene la suya, y cada uno conoce la de los demás, y así, todos saben que la de Bezuquet, el boticario, empieza así:

Tú, blanca estrella que adoro

La de Costecalde, el armero:

¿Quieres venir conmigo al país de las cavañas?

La del registrador:

Si fuera yo invisible nadie me vería.

Y por el estilo de éstas, podríamos citar una por cada familia tarasconesa.

Dos veces por semana, los tarasconeses se reúnen en casa de algún amigo, y se las cantan unos a otros; pero siempre se las cantan igual, aunque el buen carácter de los taras-

coneses no se impacienta, y no se les ocurre cambiar.

Estas son hereditarias, van de padres a hijos y las consideran como cosas sagradas; siempre cantan la suya, pues jamás un tarasconés se atrevería a cantar la de algún otro, pues sería un atrevimiento inconcebible.

En cuanto a quien cantaba mejor las romanzas en Tarascón, no había discusión posible, pues Tartarín era el sobresaliente. Él no tenía ninguna propia, pero sabía bien las de todos.

Era lástima que el ilustre tarasconés nunca quería cantar y se necesitaba ayuda de Dios para lograr que alguna vez cantara. Él, desde joven, aborrecía las reuniones de sociedad y prefería pasar las horas entre libros de aventuras, o en el casino, a lucir su voz delante de un piano de Nimes, iluminado por dos bujías. ¡Demasiada ternura para un bravo cazador como él!

Alguna que otra vez, acertando a pasar por delante la botica de Bezuquet y oyendo música allí dentro, entraba como si tal cosa, y, ¡claro

está! todos obligaban entonces a Tartarín a acompañar a la señora Bezuquet, madre, en el dúo de *Roberto el Diablo*; y él, después de hacerse rogar mucho, accedía a cantar con la madre del boticario.

Quien no haya oído una de estas sesiones, no puede decir que haya oído música ni nada parecido.

Tanto me impresionó, que aunque viviera cien años, vería al majestuoso Tartarín acercarse al piano con paso marcial, hacer una graciosa y profunda reverencia, acompañada de su mueca característica, iluminada la cara con reflejos verdes procedentes de los potes de la farmacia; y entonces, preparándose para cantar, ponía expresión satánica para representar mejor a Roberto el Diablo. Al ver su cara así transfigurada, todos los concurrentes sentían un escalofrío. Nadie dudaba de que algo grande iba a ocurrir y con el silencio sepulcral que daba la expectación, empezaba la señora Bezuquet, acompañándose con el piano:

Roberto, mi bien,
dueño de mi amor,
ya ves mi terror,
ya ves mi terror.
Perdón para tí,
perdón para mí.

Y en voz baja, decía: "Ahora usted, Tartarín"; y Tartarín de Tarascón

extendía el brazo con el puño cerrado y, temblándole las ventanas de la nariz, decía, con una voz que resonaba como un trueno en las entrañas del piano: "¡No!... ¡No!... ¡No!" pero con la pronunciación meridional, resultaba: ¡Na!... ¡Na!... ¡Na! y la señora Bezuquet, madre, repetía:

Perdón para tí,
perdón para mí.

¡Na!... ¡Na!... ¡Na! — rugía Tartarín — y aquí terminaba el dúo.

No era largo, como véis, pero resultaba muy bien, pues Tartarín hacía unos ademanes tan acertados, su voz era tan fuerte y su cara tan expresiva, que los oyentes se aterrizaraban; pero les gustaba oírlo, y le hacían repetir cuatro o cinco veces: ¡Na! ¡Na! ¡Na!

Al terminar, Tartarín se secaba el sudor de la frente, se inclinaba sonriendo delante de las damas, hacía un guiño a los caballeros y salía pausado y triunfante, en dirección al casino; y a los que encontraba en el camino, les decía, ocultando el orgullo: "Vengo de acompañar a la señora Bezuquet en el dúo de Roberto el Diablo".

¡Y lo más gracioso es que él lo creía también!

¡ELLOS!

Todos estos méritos habían dado a Tartarín la consideración que todos le tenían en Tarascón, pues verdaderamente, se había ganado la simpatía de todos.

El ejército estaba a su lado: el comandante Bravidá, capitán de intendencia retirado, había dicho de él:

— ¡Buena pieza está hecho!

Esta sentencia, dada por un capitán de intendencia, era de valor, pues es de suponer que el valiente Bravidá entendería mucho en piezas, después de distribuir tantos uniformes.

La magistratura, también estaba de su lado. Ladeveze, el presidente, había dicho varias veces, en pleno tribunal:

— ¡Tartarín, es un hombre de carácter!

Es decir, todos querían a Tartarín. Su figura, sus gestos, sus andares, que parecían de un caballo de corneta, que acostumbrado a los trotes y a los gritos no tiembla por nada; su fama de héroe, que todos le atribuían sin que nadie supiera de donde le venía; la distribución de algunas monedas entre los limpiabotas que pasaban la noche delante de la casa del baobab, le habían hecho el

lord Seymour del vecindario, y el rey de los mercados tarasconeses.

Los domingos por la tarde, cuando con los amigos regresaba de caza, con el trofeo sobre el cañón de la escopeta, y pasaban todos por el muelle, los cargadores del Ródano saludaban reverentemente a Tartarín, y fijándose en los bíceps descomunales del insigne cazador, se decían muy bajito, sin quitar el ojo de los movimientos convulsivos de los músculos:

— ¡Esto es un hombre! ¡Tiene músculos dobles!

Y lo que son las cosas: Tartarín de Tarascón, con tanta distinción como merecía en cualquier aspecto de la vida, como ya hemos visto, no se encontraba a gusto en aquella villa. Tartarín no era feliz.

Se le caía encima, Tarascón; le ahogaba.

En honor a la verdad, diremos que a Tartarín no le podía ocurrir otra cosa: para su temperamento excitado, su espíritu soñador y soñador de grandes aventuras, como eran guerras, caza de fieras, travesías al desierto, ciclones, diluvios... debía resultar doloroso tener que reducir sus ilusiones a la monótona vida de Tarascón, a la caza de gorras y a juz-

gar a los cazadores en la armería de Costecalde; era para desesperarse. ¡Lástima de ardor! Y se fijaba tanto en su desdicha, que hubiera, al fin, muerto de ansiedad de aventuras.

En vano procuraba crearse una situación aislada de lo que fuera puramente tarasconés; plaza mercado, casino, armería, botica...; y vivir en un jardín con vegetación africana en medio de baobabs, y tener una acumulación de armas de todas clases, y matar hora tras hora empapándose de novelas de aventuras. Le pasaba lo mismo que a D. Quijote, que cuántos más esfuerzos hacía para ilusionarse con una falsa realidad, más resaltaba su verdadera vocación y mayores eran sus deseos de dar rienda suelta a sus ilusiones.

La contemplación de tantas armas: rifles, carabinas, kris malayos, le zumbaba en los oídos: “¡guerra!, ¡lucha!, ¡batalla!” y el viento que movía las ramas del baobab, le parecía pronunciar malos consejos de destrucción; y, para colmo de su cólera, tenía allí, siempre a su vista, las obras de Gustavo Aimard y Fenimore Cooper...

En verano, encendido aún más por el calor, cuántas veces le hubierais visto en su despacho leyendo, y de pronto, levantarse, tirar el libro y armarse de una panoplia.

Estaba tan excitado, que ni se daba cuenta de que estuviera en su propia casa, y atándose un pañuelo de seda en la cabeza, y en calzoncillos, daba realidad a sus lecturas, y excitándose con su propia voz, rugía balanceando un hacha:

— ¡Que vengan ellos, que vengan!
¡Ellos! ¿Pero quiénes eran, ellos?
— pensaréis.

¿Qué sabía él quiénes eran? Ellos, eran ellos, ya veis. Ellos, eran todo aquello que pelea, lo que muerde, lo que lucha, lo que araña, lo que ruge, lo que aúlla.

Ellos, también, era el indio Sioux danzando alrededor de un hombre blanco al que está asando: era también el oso gris de las montañas Rocosas que se lame los labios con la lengua ensangrentada; el tuareg del desierto, el pirata de Malaya, el bandido de los Abruzos. Ellos, pues, eran batallas, viajes, suerte, gloria...

Mas, ¡ay! era inútil *los* llamara, *los* retara, pobre tarasconés. *Ellos* no le oían. Por otra parte, ¿qué podrían encontrar *ellos*, si fueran a Tartarín?

Pero Tartarín no desconfiaba; siempre vigilando alerta, siempre prevenido, especialmente por las noches, cuando iba al casino.

CUANDO TARTARIN IBA AL CASINO

Ni el templario preparándose a atacar al infiel sitiador; ni el tigre armándose para el combate; ni el guerrero comanche andando hacia el campo de batalla, pueden compararse con lo bien armado que va Tartarín, por las noches, a las nueve, o sea una hora más tarde de tocar la retreta.

¡Zafarrancho de combate! como suelen decir los marineros.

En la mano izquierda lleva sujeta una llave inglesa erizada de púas; en la derecha, un bastón de estoque. En el bolsillo izquierdo, un rompecabezas; en el derecho, un revólver, y un kris malayo en el pecho, entre camisa y camiseta. Jamás cogió una flecha envenenada. Eran malas armas.

Antes de hacerse a la calle, se ejercitaba unos momentos en la esgrima, haciendo saltitos atrás, hasta que daba contra la pared y entonces ponía en movimiento sus músculos dobles. Satisfecho de su ligereza, cogía la llave y atravesaba pausadamente el jardín, a la inglesa, como suele decirse de los hombres que no se inmutan por nada.

Al encontrarse ya frente a la pesada puerta de hierro, la abría bruscamente, con toda la violencia posi-

ble, para lograr que diera con mucha fuerza contra la pared, pues... si ellos se hubieran escondido allí ¡qué "sandwich" hubiera resultado!... pero fatalmente, nunca estaban allí detrás, ellos.

Al salir a la calle, dirigía una mirada rápida a derecha e izquierda, y, viendo que no había nadie, daba dos vueltas a la llave, y se ponía en marcha.

En la carretera de Aviñón, la tranquilidad era absoluta: ni tan sólo un gato deambulaba por allí a aquellas horas. Las ventanas, todas a oscuras; y a no ser por algún farol del Ródano, que se distinguía entre la niebla, la oscuridad hubiera sido completa.

Tartarín de Tarascón no sentía miedo: sus botas erizadas de clavos, hacían retumbar las calles, y con tanta firmeza andaba, que llegaba a sacar chispas del suelo con la punta de hierro de su bastón.

Él nunca andaba por la acera: se-ría arriesgarse demasiado. Pasando por el centro de la calle, fuera cual fuera su anchura, se veía desde lejos el peligro, y además, evitaba que le echaran encima lo que por las noches suele caer de las ventanas de Tarascón.

Al ver este exceso de prudencia, no os creáis que Tartarín tuviera miedo; no, Tartarín de Tarascón no hacía más que guardarse.

Para probaros la valentía de nuestro héroe, os diré que para ir al Casino, muchas noches no seguía por la gran avenida, que era el camino más corto, sino por callejuelas estrechas, tortuosas, oscuras, iluminadas por los reflejos de las aguas del Ródano.

Cada esquina que aparecía delante sus ojos, la doblaba con cierta esperanza: tal vez allí estarían *ellos*, y se le echarían encima; pero Tartarín estaba bien preparado para ataque semejante. Pero ¡nunca! ¡nunca! por su mala suerte, jamás se encontró ni siquiera con un borracho, ni siquiera con un perro o un gato.

Sobresaltos, sí los había tenido, pues varias veces creyó que ya estaban allí. El ruido de pasos y voces bajas le hacían suponer esto, y él mismo se decía "Cuidado, Tartarín" y parando su marcha, miraba la sombra de los que se acercaban por la otra calle, olfateaba como un perro, ponía la oreja junto al suelo para oír mejor, como hacen los indios. Mientras tanto, los pasos se acercaban

más: las voces se hacían más claras. El momento tan esperado se acercaba. Por fin *ellos* estaban allí. Tartarín, con el corazón batiente, los ojos chispeantes y respiración convulsiva se contraía como un jaguar para dar mejor el salto y exclamar el grito de "guerra..." pero... entre las sombras se oían risas y una voz de simpático tarasconés decía muy alto:

— ¡No véis a Tartarín? Buenas noches, Tartarín, buenas noches.

¡No eran *ellos*! Era Bezuquet el boticario y su familia que venían de cantar la suya a los Costecalde. Y con el mismo tono que Tartarín tenía preparado para gritar "guerra" decía secamente "buenas noches" y, encendido por la cólera, se precipitaba de nuevo en la oscuridad.

Al encontrarse frente al casino, el pobre Tartarín esperaba un poco más, paseándose intranquilamente arriba y abajo. Sin esperanza de que llegaran aquella noche. Tartarín murmuraba, mientras daba una penetrante mirada a su alrededor. ¡Nada! ¡Siempre nada!

Y entraba al casino, donde se distraía un poco de ellos, jugando unas partidas con el comandante Bravidá.



LOS DOS TARTARINES

Con tanto afán de aventuras, de emociones, de viajes por lugares intrépidos, ¿cómo es posible creer que Tartarín no hubiera pasado una noche fuera los muros de Tarascón?

Y esto era cierto: Tartarín tenía cuarenta y cinco años y ni un solo día se le había ocurrido ir a Marsella y esto que Marsella es el sueño dorado de los provenzales, donde van a disfrutar, cuando son mayores de edad; pero Tartarín no había ido y dudo si tan sólo a Beaucaire había estado. No creáis que Beaucaire estuviera lejos de Tarascón, pues solamente el Ródano separaba estas villas hoy unidas por un hermoso puente; pero este puente, en tiempos de Tartarín, había sido derribado algunas veces por un soplo demasiado fuerte del viento, y, como el puente es largo, y el río muy ancho, ya comprenderéis que... ¡vamos!... Tartarín de Tarascón era más amigo de pisar tierra firme.

Puestos a decir la verdad, debemos confesar que Tartarín tenía dos naturalezas, opuestas completamente. La frase de no sé qué Padre de la Iglesia dijo: "Siento dos hombres en mí" era aplicada a Tartarín.

Sentíase en él un alma como la de D. Quijote, que le impulsaba al amor a la guerra, a las aventuras, a las emociones; pero su figura era muy distinta a la del famoso hidalgo, que tenía solamente huesos cubiertos de piel, armazón de cuerpo humano, donde la vida material no podía ni tan sólo arraigarse y que lo mismo hubiera pasado una que veinte noches sin soltarse la coraza y comer en dos días nada más que un puñadito de arroz....

La figura de Tartarín era opuesta: un cuerpo redondo, pesado, incapaz de soportar alguna molestia, fatigable, amante de las comidas sabrosas y abundantes, panzudo y corto de piernas, igual que el inmortal Sancho Panza.

¡Don Quijote y Sancho Panza en el mismo ser! ¡Qué malos tratos debían darse! ¡Qué de discordias! ¡Qué de peleas!

Qué hermoso diálogo podría escribir San Luciano o San Evremond: Tartarín Quijote y Tartarín Sancho.

Tartarín Quijote, excitado por las lecturas de Gustavo Aimard diría: "me marchó".

Tartarín Sancho, aturdido por el reumatismo, diría: "me quedó."

Tartarín Quijote, (muy exaltado)
— ¡Envuélvete de gloria Tartarín!

Tartarín Sancho (muy tranquilo)
— Tartarín, envuélvete de lana!

Tartarín Quijote (más exaltado aún) — ¡Oh, rifles de doble tiro!
¡Oh, dagas! ¡Oh, lazos!

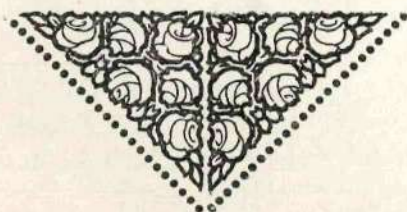
Tartarín Sancho (más tranquilo aún) — ¡Oh chalecos de punto, rodilleras de lana, gorras con orejeras!

Tartarín Quijote (descomponiéndose) — ¡Un hacha! ¡Dadme un hacha!

Tartarín Sancho (llamando a la criada) — Juana, ¿me traes el chocolate?

Juana, obediente, comparecería con un tazón de chocolate calentito, con unas tortas de anís, que harían sonreír a Tartarín Sancho y así quedarían ahogados los gritos de Tartarín Quijote.

He ahí porque Tartarín nunca ¡nunca hasta entonces! había salido de Tarascón.



LOS EUROPEOS EN SHANGHAI.—EL ALTO COMER-
CIO. — LOS TARTAROS. — ¿SERA QUIZA TARTARIN
DE TARASCON UN IMPOSTOR? — ESPEJISMO.

En una ocasión, no obstante, Tartarín de Tarascón estuvo a punto de emprender un largo viaje.

Encontrábanse en Shanghai tres tarasconeses, hermanos, cuyo nombre era Garcio-Camus, y, conociendo la popularidad de que Tartarín disfrutaba en Tarascón, le ofrecieron un buen empleo en su negocio: la representación de su importante casa en una factoría de aquel país.

¡Allí Tartarín se encontraría a gusto! Empresas importantes, una multitud de súbditos a sus órdenes, trato comercial con grandes potencias, como Rusia, Turquía asiática, Persia, en fin, ¡alto comercio!

¡Y qué altura más considerable tomaba la expresión ¡alto comercio! en boca de Tartarín!

Además, la casa de los Garcio-Camus tenía aún otra ventaja. De vez en cuando, llegaban allí los tártaros; y cuando esto ocurría, a cerrar las puertas con toda urgencia; los dependientes se armaban, izaban la bandera consular, y desde las ventanas ¡pim! y ¡pam! sobre los tártaros.

No tengo que deciros con qué entusiasmo Tartarín Quijote leía y se figuraba todo esto; pero Tartarín Sancho no era del mismo parecer, y como era el más fuerte, no accedió a los deseos de su compañero Tartarín Quijote, y, claro está que no fue posible arreglar aquel negocio.

Durante muchos días, esto fue la comidilla de Tarascón. ¿Se irá? ¿No se irá? ¡Apuesto a que sí! ¡Apuesto a que no!... fue un verdadero éxito de discusiones.

Para los tarasconeses, les producía el mismo efecto que Tartarín hubiera ido o hubiera estado a punto de ir. Tanto tiempo hablaron de lo mismo que creyeron que Tartarín ya había vuelto; y por las noches, en el casino, todos hacían corro alrededor de Tartarín escuchando con la boca abierta las interesantes respuestas que Tartarín daba a las preguntas que sobre las costumbres, el clima, el suelo, el comercio y mil cosas más, le hacían sus buenos amigos.

Gracias a sus libros, Tartarín se informó con todo detalle de Shan-

ghai, y daba gusto oírle hablar sobre este país; y después de tanto explicarlo, él mismo llegó a dudar de si algún día había estado allí; y así, cuando contaba por centésima vez la llegada de los tártaros, decía con toda naturalidad: "Entonces armé a la dependencia, mandé izar la bandera consular y desde las ventanas ¡pim! y ¡pam! sobre los tártaros.

Blancos de emoción quedaban los oyentes, y un escalofrío les iba de los pies a la cabeza.

— Pues así ¿Tartarín era un impostor? — diréis tal vez.

— ¡No y mil veces no! ¡Tartarín no era un impostor!

— Pero bien sabía él que nunca estuvo en Shanghai.

— Claro está que él lo sabía pero...

— Pero... escuchad. Ha llegado la hora de que nos quitemos esta máscara y nos entendamos claramente respecto a este insulto que los del Norte han dado a los del Mediodía. En el Mediodía de Francia no hay impostores; no los hay ni en Nimes, ni en Tolosa, ni en Marsella, ni en Tarascón.

El hombre del Mediodía no miente en absoluto: se engaña.

Aunque no dice siempre la verdad, cree decirla, y es natural que esta mentira no sea considerada como a

tal, sino como un verdadero *espejismo*.

Esta es la palabra ¡espejismo! Y si queréis haceros verdadero cargo de que es cierto lo que digo, llegaos al Mediodía de Francia y os convenceréis plenamente de ello.

Veréis aquel diablo de tierra, donde el sol lo modifica todo, aumentando las proporciones. Las pequeñas colinas de Provenza, que no son mayores que las de Montmartre, aparecerán a vuestros ojos como un macizo gigantesco. La casa cuadrada de Nimes, que podría ponerse en un escaparate, la veréis como si fuera una enorme catedral.

Veréis... ¡ay! un solo impostor en el Mediodía, y este es el sol; sí, el sol, que no toca nada que no exagere sus proporciones. ¿Qué era Esparta en épocas de esplendor? Un barrio. ¿Qué era Atenas? Un pueblo de segundo orden, a lo más. Y nosotros los vemos en la historia como ciudades inmensas. El sol ha sido quien ha operado este cambio.

Sabiendo esto, ya no os asombrará tanto que de un pobre capitán de intendencia el sol haya hecho un bravo comandante Bravidá y que de un nabo haya salido un baobab y que de un hombre que estuvo a punto de ir a Shanghai se haya originado otro que ya ha vuelto de allí.

LAS FIERAS DE MITAINE.—UN LEÓN DEL ATLAS EN TARASCON.—TERRIBLE Y SOLEMNE ENTREVISTA.

Ahora, que ya conocemos a Tartarín de Tarascón en su vida privada, antes de que la gloria rodeara sus sienes con laurel; que ya hemos relatado vida tan heroica en límites tan modestos, sin alegrías, sin penas, sin sueños, sin esperanzas, no nos detengamos y vayamos en seguida a los comienzos de la vida que lugar tan envidiable tenía que concederle.

Era una tarde, en casa del armero Costecalde, en que Tartarín daba lecciones de manejo del fusil de aguja, última novedad, cuando se abrió la puerta violentamente y un cazador de gorras, pálido como la muerte, se precipitó corriendo hasta lo más profundo de la tienda, y entre suspiros gritaba: "un león" "un león".

Pánico general, temblores y, de repente, tumulto y atropellos.

Tartarín, sin perder la serenidad, cala la bayoneta; Costecalde cierra las puertas y todos rodean al cazador preguntándole todos a una, y como él nada sabe, no puede responder.

Por último se enteran: la colección de fieras de Mitaine, regresando de la feria de Beaucaire, pensaba pasar unos días en Tarascón y se estaba

instalando en la plaza con una gran variedad de fieras: boas, focas, cocodrilos y un estupendo león del Atlas.

¡Un león del Atlas en Tarascón! Ni los más viejos recordaban haber oído cosa parecida. ¡Qué miradas de orgullo se dirigían nuestros cazadores de gorras!

¡Qué alegres sonrisas en sus caras feroces!

Costecalde no hacía más que dar apretones de manos, en silencio, a los que estaban en la tienda.

No estaban acostumbrados los tarasconeses a emociones tan fuertes y repentinas. No acertaban, en verdad, qué decir....

Incluso Tartarín quedó impresionado. Tembloroso y pálido, con el fusil de aguja aun en las manos, soñaba, apoyándose en el mostrador. Con los ojos fijos en el arma, se decía: ¡Un león! ¡El rey del Atlas en Tarascón! ¡Aquí, al doblar la esquina! ¡Un león! ¡La más fiera de las fieras! ¡Un león! ¡Mi sueño dorado!

Y lo mismo que un autor imaginándose el protagonista de su mejor obra, Tartarín se imaginaba un león, ¿un león del Atlas? no era a tanto

como aspiraba Tartarín... casi no podía creerlo...

Como si despertara, la sangre le subió convulsivamente a la cara: chispearon fuego sus ojos, cargóse el fusil de aguja al hombro, y dirigiéndose al valiente comandante Bravidá, antiguo capitán de intendencia, le dijo con voz de trueno:

— Vamos a ver qué es eso, comandante.

— Oiga usted, Tartarín... mi fusil..., que se lleva mi fusil... — dijo tímidamente el armero Costecalde.

Pero Tartarín, seguido de los fieros cazadores de gorras, andaba ya por la otra calle, con paso marcial y sin detenerse.

Al llegar a la casa de fieras, estaba invadida por asalto. Tarascón no temía a las fieras, y había pasado tanto tiempo sin experimentar emoción alguna, que sentía ansias de impresionarse y por esto se explica como a los pocos momentos de haber llegado la colección de Mitaine, todos hubieran acudido allí, sin temor alguno, y contemplaran de cerca aquella pintoresca variedad.

La señora Mitaine, que también tenía "músculos dobles" estaba contentísima del éxito que tenían sus pupilas, las fieras. Ella llevaba traje cabileño, con brazo desnudo hasta el codo, que dejaba ver su buena musculatura: en los pies, pulseras de hierro, un látigo en una mano y un pollo vivo, pero desplumado, en la otra.

La llegada de Tartarín, tan armado, produjo pánico.

Tan a gusto como estaba la buena gente de Tarascón, sin miedo alguno, sin armas, sin recelo, contemplando los animales metidos en sus fuertes jaulas, se alarmaron, y con razón, al ver que su valiente Tartarín acudía allí provisto de escopeta con bayoneta calada. Algún peligro había sin duda, pues Tartarín entendía mucho en esto y no iba desprevenido.

En un momento quedó la exposición desierta; las mujeres, cogiendo los niños, huían despavoridas, mirando de reojo las puertas de las jaulas. Los niños, entre gritos, corrían hacia sus casas. Bezuquet, el boticario, alegando que iba en busca de la escopeta, se deslizó entre la multitud.

La actitud de Tartarín, calmó un poco los ánimos.

Sin dar un paso más largo que otro, dio vuelta a las jaulas, sin detenerse a ver la boa que devoraba el pollo vivo desplumado, ni el depósito donde estaba la foca...; no paró hasta encontrarse frente a la jaula del león.

Qué entrevista más solemne. El león de Tarascón y el león del Atlas frente a frente! A un lado, Tartarín con una rodilla avanzada y apoyados los brazos en el fusil; al otro, el león descomunal, echado sobre la paja, parpadeando, sucio, con la plena caída sobre las patas.

Inalterables los dos, se miraban fijamente.

El león, hasta entonces, había mirado benévola y amablemente a cuantos se ha-

bían acercado a él, y ahora, de pronto, sea por el fusil o porque adivinara en la cara de Tartarín un enemigo, hizo un movimiento como de ira.

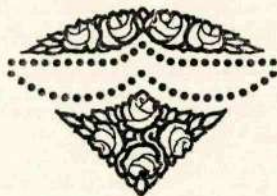
Primero olfateó, bostezó, separó las patas y levantándose ágilmente, sacudió la cabeza, como para dejar caer mejor su melena; rugió sordamente, con la cabeza baja, y luego, levantándola, se acercó a la reja y abriendo su terrible boca lanzó un rugido tremendo, a las barbas de Tartarín.

Un grito de terror siguió al rugido: mujeres, niños, casi todo Taras-

cón se precipitó a la puerta. Los cazadores de gorras, y el comandante Bravidá huyeron también... Tartarín de Tarascón permaneció firme junto a su enemigo, con cara feroz, como requería la situación.

Algo apaciguados por la serenidad de Tartarín y reconociendo la solidez de los barrotes de la jaula, el pueblo tarasconés se aproximó de nuevo a su héroe y al estar muy cerca, pudieron oír a Tartarín que decía: ¡Esto es una caza bonita!

En el resto del día, Tartarín de Tarascón no dijo una palabra más.



CURIOSOS EFECTOS DEL ESPEJISMO

No dijo una palabra más, pero demasiado había dicho para que el espejismo actuara sobre él.

Al día siguiente, no se oía otra conversación en Tarascón, que la próxima marcha de Tartarín a Argelia, para ir a la caza de leones.

Vosotros sabéis bien que Tartarín no había dicho cosa semejante, pero el espejismo....

En el casino, en el mercado, en la armería de Costecalde y en la botica de Bezuquet, todo eran comentarios; por las calles, se veían dos personas paradas, y sin duda tendrían esta conversación:

— Estarás enterado ya de la gran noticia, ¿verdad?

— Supongo..., pues te refieres a la marcha de Tartarín, ¿no?

No dudaréis que quien quedó más sorprendido al saber que Tartarín de Tarascón emprendía tal viaje fue el mismo Tartarín; pero Tartarín era puntilloso y ya que todos creían en su viaje, él, al saberlo, no mostró ninguna impresión, y en lugar de decir que jamás se le había ocurrido realizar aventura tan peligrosa, respondió:

— No sé... quizás..., veremos....

Al segundo que le hizo la misma pregunta, respondió:

— Es posible... es probable....

Y al tercero que le preguntó lo mismo, Tartarín, con acento firme, díjole ya:

— ¡De seguro!

Llegada la noche, Tartarín, creído de que se iba al África, ébrio de ponches de huevo que le fueron ofrecidos entre el casino y la armería de Costecalde, embriagado por las aclamaciones, preguntas, ovaciones y dejándose llevar por su espíritu de Quijote, aseguró que estaba fastidiado de cazar gorras, y que dentro muy poco, emprendería el viaje al Atlas para cazar cuantos leones allí hubieran.

¡Qué aplausos siguieron a esta revelación!

Apretones de manos, abrazos, brindis de ponche de huevo, cantos, gritos, y por fin, una comitiva iluminada por antorchas acompañaron al gran Tartarín a su casita del baobab.

Ya en su casa, mientras sus admiradores le obsequiaban con una serenata, Tartarín Sancho, no conforme con la decisión de su compañero Quijote, empezó su protesta. ¡Qué pelea más encarnizada tuvieron los dos Tartarines!

Tartarín Sancho, apelaba a todo cuanto sabía para hacer miedo a Tartarín Quijote; le hablaba de las pes-

tes que había en África, de la fiebre amarilla, de los reumas, elefantiasis, disenterías, del peligro a un naufragio, de lo expuesto de la expedición, y le tildaba de loco, atrevido, visionario, imprudente...; no le faltó nada a Tartarín Quijote.

Pero Tartarín Quijote le juraba tenerse cuidado, no hacer imprudencias, no quitarse las camisetas de lana...

Su compañero no quería escucharle. Ya se veía descuartizado por los leones y abandonados sus huesos en las arenas del desierto, como le sucedió a Cambise.

Tartarín Quijote, no podía consolarle, a pesar de que le decía que no era cosa de irse en seguida, pues nadie les daba prisa, y después de todo..., quizás no habría necesidad de irse nunca....

Estas son expediciones que necesitan mucho estudio, mucho tiempo para prepararse, pues uno no debe hacer como un pájaro, echar a volar sin saber hacia donde.

Tartarín de Tarascón escogió los mejores libros de caza y viajes africanos, como son los de Mungo-Park, Caillé, Levingstone, Enrique Duveyrier, y, al leerlos, se enteró de que an-

tes de prepararse la indumentaria, debían acostumbrarse al hambre y a la sed, largas caminatas y toda clase de molestias y sacrificios. Desde el día siguiente, Tartarín no tomó más que "agua hervida"; pero debemos advertir que en Tarascón llaman "agua hervida" a una rodaja de pan mojada en agua tibia, y un diente de ajo, un poco de tomillo y laurel; ¡qué cara pondría el pobre Sancho!

No dejó de acostumbrarse a las caminatas, y todas las mañanas daba dos o tres vueltas a la ciudad; pero un día con paso lento, otro con marcha atlética, y más tarde, cargado de piedras, para que, después, las armas no le molestaran con su peso.

Para acostumbrarse a las nieblas y a la oscuridad, todos los días permanecía, fusil en mano, escondido detrás del baobab, hasta las diez o las once de la noche.

Aprovechóse también de la estancia de Mitaine en Tarascón; todos los cazadores de gorras pudieron ver a Tartarín hora tras hora, paseándose arriba y abajo, detrás la barraca, y todo para acostumbrarse a oír los rugidos del león sin escalofríos, aunque fuera de noche.



ANTES DE LA MARCHA

Durante este tiempo de ensayo en que Tartarín se preparaba para el viaje, en Tarascón se había paralizado todo.

Con el afán de no perder detalle de tantos preparativos, ya no se hacían cazas de gorras, ni reuniones en la botica de Bezuquet: el piano descansaba, tranquilo, bajo una funda verde, y los papeles de las romanzas, parecían puestos a secar boca arriba.

La obsesión que Tartarín había causado, era general.

Allí donde estaba Tartarín, ya había revuelo. Todos querían hablarle, se lo quitaban unos de otros, se lo robaban materialmente.

Para una dama, no había distinción comparable a que Tartarín le acompañara, dándole el brazo, a visitar las fieras, y, al encontrarse con el león, explicar procedimientos de caza, precauciones, distancia a que se debe apuntar...

A cualquier pregunta que le hicieran, Tartarín la respondía ampliamente, pues se había aprendido al dedillo las cazas del león que había escrito Julio Gerard.

Donde mejor se le oía era por las noches, después de cenar, en casa del presidente Ladeveze o del bizarro comandante Bravidá, tomando café. Se acercaban todos a la mesa, y no ha-

cían más que insinuar: "Y para la caza del león..."

Y Tartarín ya estaba en su centro: con los codos en el mantel, sosteniéndose la cabeza, de manera que el aroma del café viniera directamente a su nariz, alterada la voz por la emoción, les explicaba los grandes peligros que se le esperaban; largas noches oscuras, en acecho; balsas infectas; ríos envenenados por las hojas de la adelfa; nieves y soles abrasadores; infinidad de insectos venenosos...

Explicaba también las costumbres de los leones del Atlas, como luchaban, en qué épocas eran más fieros...

Y como íbase entusiasmando él mismo con su relato, de pronto daba un salto, y poniéndose en el centro de la habitación, simulaba una lucha: rugidos de león, disparos de escopeta, silbido de las balas, saltos, (y empezaba a echar sillas al suelo)...

Los caballeros empalidecían: las damas, horrorizadas por tal hecatombe y por la cara de Tartarín, chillaban y huían; los niños, que estaban durmiendo tranquilamente, se despertaban sobresaltados por tantos gritos y ruido, y creyendo que los leones ya estaban allí, lloraban, y, gritando, pedían luz.

¡ESTOCADAS, SEÑORES, ESTOCADAS!

¡ALFILERAZOS, NO!

¿Tenía Tartarín verdadera intención de marcharse?

Es una pregunta muy delicada, y creo que ni el mismo historiador de Tartarín hubiera respondido fijamente.

La casa de fieras de Mitaine, hacía más de tres meses que había abandonado Tarascón, pero el cazador de leones estaba preparando aún su equipo.

Podría haberse dado el caso de que Tartarín, deslumbrado por el espejismo, se figurara haber vuelto ya de la tan comentada cacería. Lo mismo que le ocurrió cuando se figuró haber izado la bandera consular, y ¡pim! y ¡pam! contra los tártaros.

Pero aunque Tartarín hubiera creído estar ya de vuelta, los tarasconeses no se habían dejado ilusionar esta vez, y al ver que después de tanto tiempo los preparativos no habían terminado, empezaron a murmurar.

Un día, el armero Costecalde, sin darse cuenta, dijo sonriendo:

— Este viaje de Tartarín va a ser lo mismo que el de Shanghai.

Estas palabras resonaron como un eco por todo Tarascón, y todos empezaron a desconfiar de su gran héroe.

Los que más hablaban de él eran los más cobardes, como Bezuquet, que una pulga le hubiera hecho andar media hora.

Por donde pasaba Tartarín, se le hacía un corro, y todos le preguntaban con ironía:

— Y pues, Tartarín, ¿qué día es la marcha?

En las tertulias de la armería de Costecalde, Tartarín ya no era nadie: sus discípulos habían renegado del maestro.

Para empeorar más la cosa, empezaron los epigramas: el presidente Ladeveze, que cuando no tenía nada que hacer, se entretenía con la musa provenzal, compuso un verso muy satírico para el pobre Tartarín.

Decía así:

La carabina de Ambrosio
la cargaban noche y día;
siempre la estaban cargando
y el tiro nunca salía.

En un par de días, todo Tarascón la había aprendido, y no cesaban de cantarla, aunque nadie se atrevió a dejarse oír de Tartarín, por respeto a sus músculos dobles.

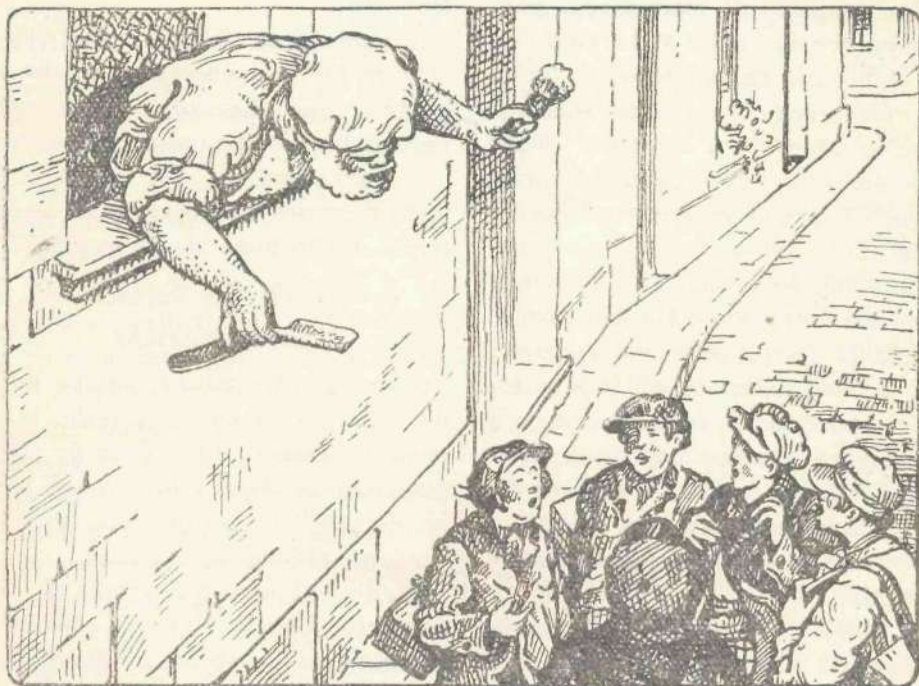
Nuestro gran hombre, hacía como si no viera ni oyera nada; pero en el fondo, esta delicada burla que todos hacían, le hería en extremo.

Veía como Tarascón se le escapaba de las manos, que su popularidad desaparecía; ¡qué doloroso es, después de haber saboreado las delicias de ser el todo de un pueblo, verse despreciado de la mayor parte!

Tartarín disimulaba: sonreía como antes, su vida era la misma de

ñana hasta la ventana de su casa, y allí entonaron la copla sangrienta.

Tartarín a medio afeitar, abrió bruscamente la ventana y en mangas de camisa, casquete de noche, media barba blanca por la espuma del jabón, la brocha en una mano y la navaja en la otra, salió más de medio



¡Estocadas, señores, estocadas! ¡Alfilerazos, no!

siempre, como si no pasara nada; pero algunas veces su tristeza era tan grande, que no podía mantener la cara fiera y la sonrisa, y se dibujaba en su rostro una profunda expresión de dolor y de indignación.

Los limpiabotas y cargadores de Tarascón, perdían el respeto a Tartarín cada día más, llegando una ma-

cuerpo a fuera, y con voz de trueno dijo:

— ¡Estocadas, señores, estocadas! ¡Alfilerazos, no!

Palabras éstas dignas de pasar a la historia; lástima que fueran dirigidas a aquellas criaturas que no eran mayores que sus cajas de betún, y que no hubieran sabido por donde coger una espada.

DE LO QUE SE DIJO EN LA CASITA DEL BAOBAB

Solamente el comandante Bravidá, antiguo capitán de intendencia, continuaba considerando al héroe y había dicho más de mil veces: "Tartarín vale mucho", y ni una sola vez se había atrevido a comentar lo del viaje del Atlas; pero cuando la murmuración rebasó los límites, Bravidá se decidió a hablar.

Tartarín, se encontraba solo, con la cabeza entre sus manos, los codos encima la mesa, pensando en cosas muy tristes, cuando se abrió la puerta, y apareció el comandante, con cara firme, guantes negros, y abrigado hasta las orejas; y con voz serena y la cabeza muy alta, dijo:

— ¡Tartarín! ¡Tenéis que poner os en camino!

La clara inteligencia de Tartarín le permitió comprender todo lo que significaba aquel ¡Tartarín, tenéis que poner os en camino!

Se levantó, pálido, tembloroso, y con tierna mirada resiguió los detalles de su querido gabinete: la agradable temperatura de que disfrutaba, lo cómodo de su sillón, sus libros bien ordenados, sus alfombras y cortinas, la agradable vista del jardín; y luego, avanzando hacia el comandante, le dijo con voz muy conmovida:

— ¡Me pondré pronto en camino, Bravidá!

Y cumplió su palabra: ¡marchó!

Pero no crea que fuera al día siguiente, que abandonara Tarascón: necesitaba tiempo para prepararse.

Mandó construir dos baúles enormes, forrados de cuero, y en el exterior colocó unas placas que decían:

Tartarín de Tarascón

Caja de Armas

Esto necesitó mucho tiempo antes no estuvo arreglado; después, encomendó un espléndido album de viaje, pues aunque fuera a la caza del león, no dejaría de pensar y de escribir sus impresiones.

Mandó a buscar a Marsella un cargamento de toda clase de conservas alimenticias: pastillas de Pemmicán para hacer caldo. Una tienda de campaña último modelo; la cual podía montarse y desmontarse en un minuto.

Bezuquet, el boticario, preparó un botiquín, donde no faltaba detalle.

Tanto jaleo no hacía para él, realmente; pero procuraba todo esto para calmar al mal humor de Tartarín Sancho, que desde que se decidió formalmente la marcha, no paró de lamentarse día y noche

LA MARCHA

Al fin llegó el gran día, tan esperado de todos.

Tarascón en peso estaba entre la casita del baobab y la estación, a ambos lados de la carretera de Aviñón.

No faltaba nadie, de ningún oficio ni clase, y además había algunas muchachas de Arlés que se habían arreglado lo mejor que pudieron, para ver el gran acontecimiento.

Todos esperaban ver al gran hombre que se iba al país de los *teurs*, pues para los tarasconeses, África, Argelia, Grecia, Persia, Turquía... formaba un país muy vago, casi mitológico, y en general le daban el nombre de los *teurs* (turcos).

Los cazadores de gorras, orgullosos otra vez de su jefe, iban y venían de un lado a otro, sonrientes, satisfechos de ser los compañeros del gran hombre.

Frente a la puerta del jardín, estaban corros dispuestos a llevar el equipaje, y la gente esperaba ver lo que ponían y leían: "tienda de campaña..., botiquín... conservas... caja de armas... saco de noche!!!" Los cazadores se complacían en dar explicaciones al gentío. Todos estaban emocionados y más aún, cuando la puerta se abrió violentamente y apareció Tartarín.

— ¡Él!... ¡Él!... gritaron.

Efectivamente: ¡era él!

— ¡Es un *teur*!!

— ¡Lleva gafas!!

Aulló la multitud.

¡Sí! Tartarín se había equipado adecuadamente. Iba a Argelia y para no distinguirse de los demás, se puso traje argelino. Pantalón bombacho, blanco; chaquetita ceñida, con botones de metal; faja encarnada, de dos pies de ancho, que le rodeaba el estómago; cuello nudo, cabeza afeitada al estilo del país, y una chechia — gorro encarnado — en la cabeza, con una borla que le caía sobre el hombro.

Un fusil en cada lado, cartuchera en el vientre, cuchillo de caza en el cinto, un revólver en la cadera, que se balanceaba dentro de un estuche de cuero, y esto es todo... ¡Ah! me olvidaba de las gafas con montura de concha y vidrios azules, que disimulaban algo el aspecto feroz de Tartarín.

— ¡Viva Tartarín!... ¡Viva Tartarín! gritaban todos.

Tartarín agradeció estas aclamaciones con una sonrisa: no pudo saludar por motivo de los fusiles, y además, Tartarín disimulaba, pero en lo más íntimo de su corazón, malde-

cía a sus compatriotas que le obligaban a tal aventura, y a dejar su blanca casita con persianas verdes.

Pero Tartarín disimulaba bien.

Sereno y con pasos seguros, salió éste de su casa, examinando los carros y dirigiéndose a la estación, sin

africano de 1830 — esperaba a Tartarín, y le estrechó efusivamente la mano varias veces.

El gran expreso París-Marsella, aún no llegaba, y Tartarín, con el estado mayor, pasó a la sala de espera, para apartarse de la multitud. El je-



Tartarín se había equipado adecuadamente. Iba a Argelia, y, para no distinguirse de los demás, se puso traje argelino sin faltarle detalle.

volver la cabeza ni una sola vez. Su cara, pálida por la emoción, miraba fijamente el camino. Detrás de él, en comitiva, venían el comandante Bravidá, el presidente Ladeveze, el armero Costecalde, los cazadores de gorras y el pueblo en masa de Tarascón.

El jefe de la estación — veterano

de la estación mandó cerrar las verjas.

Tartarín, impaciente, iba y venía por la sala, hablando de su viaje y prometiendo pieles a todos; para no olvidarse, hizo que todos apuntaran lo que solicitaban en su carnet de notas, como quien pide una contradanza a una joven.

Tartarín, lo mismo que Sócrates momentos antes de beber la cicuta, estaba muy tranquilo: contestaba a todos amablemente, sonriente.

Parecía que se esforzaba para dejar un agradable recuerdo tras de sí, y algunos, como el boticario Bezuquet y el presidente Ladeveze, sentían remordimientos de haberle llevado a tal extremo, y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Los cargadores del muelle y los mozos de estación, lloraban en los rincones y el pueblo gritaba sin cesar:

¡Viva Tartarín!!

La campana anunció la llegada del tren. Un silencio espulcral reinó unos momentos en el andén. Un silbido resonó luego y ¡al tren! ¡al tren!

— ¡Adiós Tartarín! ¡Adiós Tartarín!

— ¡Adiós a todos! respondió emocionado el gran héroe, y en las mejillas de Bravidá, puso un beso que iba dirigido a todo Tarascón.

Subió al tren, y entró en un departamento lleno de parisienses, que creyeron morir al ver aquel hombre tan armado.



EL PUERTO DE MARSELLA

Era el 1.º de diciembre de 186..., a medio día; hacía un templado sol de invierno provenzal; día sereno y tranquilo.

Aquel día, precisamente, los marseleses vieron pasear por la ciudad un verdadero *teur*. Nadie recordaba haber visto otro semejante, y esto que bien sabe Dios los miles de teurs que se ven en Marsella.

Nadie dudará de que este *teur* modelo, era el gran Tartarín de Tarascón, que, seguido de su equipaje, recorría los muelles en busca del embarcadero de la compañía Tonache, y en especial del vapor Zuavo, en el cual se iba "allá".

Zumbándole aún los oídos de los grandes aplausos y vítores de sus queridos tarasconeses, andaba con la cabeza alta, mirando a todos lados, embriagado de aquel maravilloso puerto; y más que parecerle que estaba en Francia, se figuraba ser el marino Simbad, de las Mil y una noches, andando por las villas fantásticas y desconocidas.

Tartarín no sabía por donde andar; una infinidad de mástiles, cuerdas, escaleras, se entrelazaban unas con otras, formando un enjambre que se perdía de vista.

Animado todo ello con los vivos colores de las banderas de todos los países, algunas golondrinas revoloteaban por el cielo, pedazos de mar entre los buques, y éstos, adornados en sus proas con esculturas de sirenas, vírgenes, náyades... medio comidas por el oleaje y con musgos en sus partes profundas, parecían aguardarle impacientes para hacerse a la mar: sobre sus cubiertas, los grumetes se llamaban en todas las lenguas...

En el muelle, entre las aguas procedentes de distintas fábricas, de aspecto oleaginoso, color negruzco, se veía un pueblo mercader, aduanero y numerosos carros tirados por caballitos corsos, llenos de carga.

Tiendas, barracas, buques que servían de habitación a los marineros, vendedores de pipas, cotorras, monos, cuerdas y ropas para velas; grandes exposiciones, en el suelo, de áncoras comidas por el herrumbre, cadenas, faroles, altavoces, en igual estado, cosa no muy extraña, pues databa esto de tiempos de Juan Bart y de Dugnay-Tronin.

Vio muelles destinados únicamente a la carga del trigo. Y por todas partes ruido ensordecedor entre si-

renas, voces, golpes, martillazos de los carpinteros que recubrían con planchas de cobre los cascos de viejas embarcaciones.

De vez en cuando, entre la espesura de vapores, Tartarín veía la entrada del puerto, el ir y venir de buques que partían y llegaban.

Hombres que sudaban bárbaramente, y que cargaban los buques de pesadas cajas, dábanse ánimos ellos mismos, acompañando sus movimientos de la típica expresión marinera: “¡Oh...! ¡iza!”

Para llegar al colmo de la agitación y ruido, los cornetas y tambores de los fuertes de San Juan y de San Nicolás, las campanas de San Víctor y el carillón de la Catedral sonaban al mismo tiempo; y en un momento de tanta agitación, de tan emocionantes despedidas y de tan remotas promesas de regreso, Tartarín de Tarascón abandonó Francia, dejando en ella todas las músicas y charangas, yéndose él, en el Zuavo, a la tierra de los leones.



EPISODIO SEGUNDO

EN EL PAIS DE LOS "TEURS"

LA TRAVESIA. — LAS CINCO POSICIONES DE LA "CHECHIA". — LA TARDE DEL TERCER DIA.

¡MISERICORDIA!

Sólo desearía, queridos lectores, ser un excelente dibujante para encabezar este capítulo con el dibujo de las diferentes posiciones que tomó la chechia de Tartarín, durante los tres días de viaje, a bordo del *Zuavo*, al hacer la travesía desde Francia a Argelia: y si la pintara, la veríais, primero, firme en la cabeza de Tartarín, mirando, heroica y triunfante, los últimos preparativos para la marcha: la veríais después, cuando el *Zuavo* avanzaba balanceándose sobre las olas, temblorosa, asustada, empezando a temer lo que no tardó en llegar. Más tarde, al pasar por el golfo de León, en alta mar, os la mostraría luchando con la tempestad; la borla, que tan graciosamente caía sobre la oreja de Tartarín, estaba erizada y la chechia empezaba a moverse sobre el cráneo de Tartarín.

Cuarta posición: las seis de la tarde: costeano la isla de Córcega. La chechia, mirando fijamente el mar,

tratando de sonarlo, y por fin, quinta posición: en un camarote, metida en una litera comparable a un cajón de cómoda, revolcándose de un lado a otro. ¡Pobre chechia! Tan altiva como era, en Marsella, viendo el tráfico del puerto, y reducida ahora a un casquete de noche, metido hasta las orejas, guardando una cabeza agitada, convulsiva, como de un enfermo.

Si hubiera sido posible que los tarasconeses vieran al pobre Tartarín, metido en un cajón de cómoda, madera mojada, con el movimiento incesante del vapor, con la triste luz que entraba por el ojo del camarote, pidiendo té a cada cinco minutos, y maldiciendo al mozo con voz infantil: ¡qué cargos de conciencia no hubieran sentido! pues verdaderamente, Tartarín daba compasión.

Sorprendido por el mareo, no supo qué hacer, ni tan sólo soltarse la faja, y el pobre se ahogaba con el

peso del cuchillo de caza sobre el pecho; no podía estar echado, por la gran molestia que le ocasionaba el revólver en su espalda; y no cesaban las lamentaciones de Tartarín Sancho, que a cada vuelta de hélice insultaba a su compañero Quijote, al que decía:

— ¿No te lo decía yo, imbécil? Ambicionabas ir al África, ¡pues ya estás en camino! ¿Qué tal te sienta?

A pesar del mareo, Tartarín no se hubiera desesperado; pero oír que en el comedor los demás pasajeros se divertían comiendo, bailando, cantando, jugando, esto le daba más pena que el mismo mareo.

Esta tripulación alegre, estaba compuesta de gentes muy distintas: una compañía de cómicos, militares que iban a incorporarse, un musulmán que venía de la Meca, un alegre príncipe montenegrino, que imitaba

a Ravel y a Gil Pérez. El capitán respondía al nombre de Barbassóu.

¡Qué rabia les tenía Tartarín! Esto contribuía sin duda a aumentar su mal.

Llegada la tarde del tercer día, se produjo un tal revuelo en el buque, que Tartarín despertó de su letargo.

Oyó tañer la campana largo rato, apresurados pasos a cubierta y gritos del capitán:

— ¡Máquina adelante! ¡Máquina atrás! ¡Máquina... alto!

Una gran sacudida, y gran silencio. Un movimiento dulce, de va y ven.

Tartarín, horrorizándose de aquel silencio y recobrando la fuerza como por encanto, saltó del cajón de la cómoda y gritó con toda su alma:

— ¡Misericordia, Señor! ¡Nos hundimos!

Y cargado con su arsenal, se precipitó sobre cubierta.



¡A LAS ARMAS! ¡A LAS ARMAS!

No se hundían: habían llegado.

El Zuavo estaba ya en la rada, de aguas azules y profundas, lejos de la playa; silencio absoluto alrededor y, a lo lejos, se veía la blanca Argel, con sus limpias casitas, aglomerándose hasta el mar. Las orillas del Meudon, se distinguían por su blancura de ropa tendida, y el cielo, encima de esto, relucía con un color azul purísimo.

Tartarín, repuesto ya del espanto, contemplaba el paisaje y escuchaba atentamente las explicaciones que el simpático príncipe montenegrino le daba de Argel. Los dos, apoyados sobre la barandilla, reseguían el barrio de la Casbah, la calle de Bab-Azún... Tartarín quedó prendado de la amabilidad del príncipe y se propuso continuar su amistad.

Mientras estaban así, Tartarín vio salir entre las cuerdas que tenía a sus pies, unas manos negras, y en seguida una cabeza de negro. Volvió la cabeza un momento y su espanto fue descomunal al encontrarse la cubierta asaltada por piratas negros, casi desnudos, de aspecto terrible.

Tartarín sabía bien quiénes eran. Al fin los había encontrado. Eran ellos, aquellos ellos que tantas veces había esperado por las calles de Tarascón.

De pronto, claro está que Tartarín quedó tan sorprendido que ni pudo dar un paso; pero cuando vio que empezaban el saqueo, levantando la tela de lona que cubría los baúles, cofres, maletas, y empezaban a cargárselos a las espaldas, Tartarín tomó aliento, y desenvainando el cuchillo de caza, gritó muy fuerte, con su voz de trueno:

— ¡A las armas! ¡A las armas!

Y sin esperar más, corrió a precipitarse sobre los negros. Cruzóse con el capitán, y díjole:

— ¡Aprisa, capitán!, ¡arme la tripulación!

El capitán miró a todos lados y no pudo adivinar a qué era debida tal alarma.

— ¿Pero por qué debo armar a mis hombres?

— ¿Por qué? ¿Es que no lo ve?

— ¿Qué?

— ¡Ahí! ¡Los piratas!

Y diciendo esto, pasó uno con el botiquín de nuestro héroe.

— ¡Canalla! ¡Deja que te coja! — y con el cuchillo en alto, se lanzó sobre él.

El capitán llegó a tiempo para cogérle el brazo y le dijo:

— Pero hombre, por Dios, no sabe V. que los piratas hace muchos

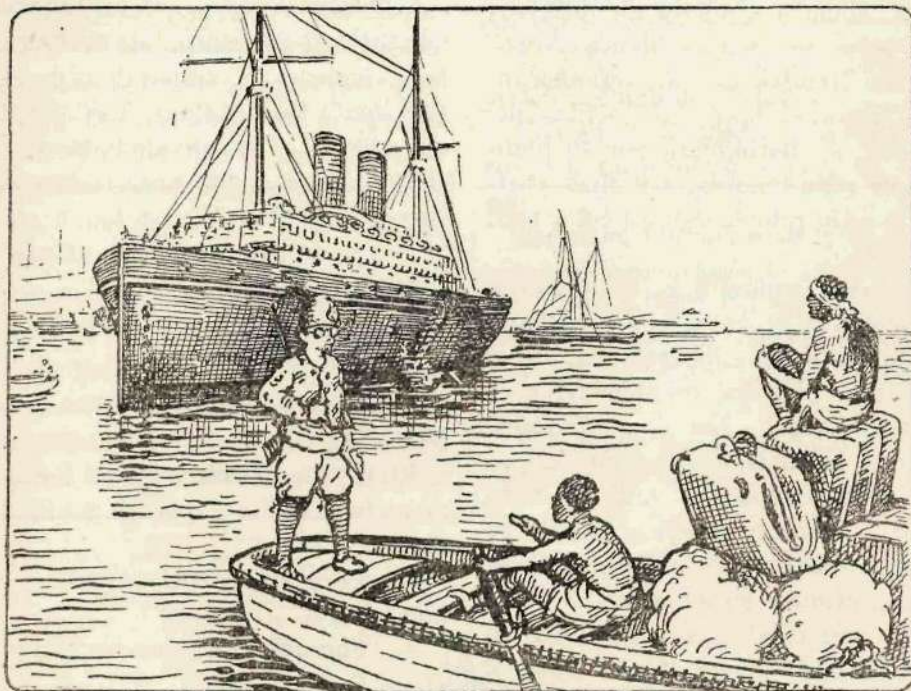
años que ya no existen? ¿No ve V. que son cargadores?

— ¿Cargadores?

— Sí, hombre, sí, cargadores; entrégueles su equipaje, y este negro, que es un buen chico, se lo llevará a tierra; y, si V. quiere, hasta a un hotel le acompañará.

Tartarín quedó confundido; entre-

blancos dientes, la arrogante figura de Tartarín, que de pie en la popa, no separaba la vista de los cargadores; y poniendo su gesto de terror, que tanto temían sus compatriotas, acariciaba el puño del cuchillo, no fiándose del todo de los abetunados mozos, tan distintos de los mozos de cuerda de Tarascón.



Un negro cogió los remos y el otro se encaramó sobre los baúles y los dos miraban sonriendo la arrogante figura de Tartarín, que de pie en la popa...

gó el billete, envainó el cuchillo, bajó por la escalerilla a una barca donde había otro negro esperando. Como su equipaje era tanto, llenó él la barca, y pudieron ir hacia tierra. Un negro cogió los remos, el otro se encaramó sobre los baúles, y los dos miraban sonriendo y mostrando sus

Cinco minutos de recelo, y Tartarín pudo pisar aquella bendita tierra, donde trescientos años antes, un español llamado Miguel de Cervantes, debía preparar algo para la inmortal novela que tuvo por nombre Don Quijote de la Mancha.

INVOCACION A CERVANTES. — DESEMBARCO.

¿DONDE ESTAN LOS "TEURS? — DESILUSION

¡Oh, Miguel de Cervantes Saavedra! Si no es falso lo que dicen, que allí donde ha vivido un gran hombre deja en el aire suspendido algo de grandeza hasta el fin de los siglos, lo que de tí quedaba debió regocijarse al ver desembarcar al gran hombre que ha encarnado tus dos héroes, Don Quijote y Sancho Panza; esto es, al inmortal francés del Mediodía, Tartarín de Tarascón.

El día era abrasador: el sol caía sobre el muelle y allí estaban los aduaneros esperando noticias de Francia, y mozos vigilando la llegada de los buques para tener trabajo, pasando el tiempo fumando en largas pipas. Pescadores que tiraban redes, las cuales sacaban del mar tiempo después llenas de sardinas, que relucían como si fueran de plata.

Todo aquello, que parecía abatido por el calor, pareció despertar al ver un "teur" tan elegante. Los mozos, le asaltaron el equipaje, un gran ruedo se hizo a su alrededor, formado por gentes de horroroso semblante: árabes, cubiertos con mantas de lana blanca, con largas barbas; negritos casi desnudos, que con sus ojos blan-

cos inspeccionaban la indumentaria de Tartarín.

Los mozos de Hotel corrieron a ofrecerle sus aposentos; un negro harapiento, se le lleva el botiquín; otro, la tienda de campaña; otro, las conservas.

Desconcertado estaba Tartarín con aquel tumulto, y quería reunir su equipaje: iba hacia el botiquín, pero ya se le haban llevado la caja de armas...; les hablaba, a grandes voces, en francés, en provenzal, en latín, diciendo rosa rosae, bonus, bona, bonum; era todo cuanto sabía en esta lengua, pero nadie le escuchaba. Tartarín, fuera de sí, prometía vengarse, les echaba pestes, les amenazaba con sus armas, pero todo era inútil.

No sé dónde hubiera llegado el pobre hombre, a no ser por un sujeto bajito, con túnica de cuello amarillo, y con un largo bastón en la mano, que, como si fuera un dios Homero, esparció a bastonazos a aquellos negros inciviles.

Este hombre era un guardia municipal. Cortesmente, dirigió a Tartarín al Hotel Europa, y encargó el equipaje a los mozos de dicho hotel,

que estaban en el muelle. Con varias carretillas trasladaron aquel terrible equipaje.

Tartarín entró en Argel con unos ojos como naranjas, esperando encontrarse en una ciudad mitológica, un término medio entre Constantinopla y Zanzíbar; pero el pobre hombre tuvo una decepción: en nada le parecía encontrarse en la tierra de los "teurs".

Las calles, mejores que las de Tarascón: anchas, con buen pavimento, casas a cuatro pisos, bellas plazas, algunas con kiosco para la música. En los cafés, caballeros y damas tomando las mismas bebidas que en Francia: cerveza con pan salado. La música tocaba piezas que Tartarín las conocía bien. Se veían militares, señoritas elegantes, pero ¡ni un solo "teur"!

El único "teur" que había en Argel, era él.

El espíritu de curiosidad se manifestó también en los argelinos, y Tar-

tarín de Tarascón encontró varias dificultades para cruzar la plaza. Las gentes le miraban fijamente: los músicos, suspendieron la polka de Offenbach; pero Tartarín, majestuoso como Robinson Crusoe, pasó entre estos curiosos con paso seguido, cabeza alta, cara feroz, cuchillo en el cinto, revólver en la cadera, y los fusiles en los hombros.

Al llegar al hotel, le flaquearon las fuerzas. Tarascón, el puerto de Marsella, la travesía, el príncipe montenegrino, los piratas... todo daba vueltas en su imaginación, y tan postrado quedó, que tuvieron que subirle a la habitación, quitarle las armas y desnudarle, creyendo que sería necesario llamar al médico; pero aun no puso la cabeza en la almohada, empezó a dormir, roncando tan fuertemente, que los del hotel creyeron era aquello el mejor remedio, desistiendo de llamar a los auxiliares de la ciencia y dejando que Tartarín durmiera tranquilamente.



EL PRIMER ACECHO

Mientras daban las tres de la tarde en el reloj del Gobierno civil, Tartarín despertó de su largo sueño, que había durado desde el atardecer del día anterior hasta esta hora, sin interrumpirse ni un momento.

Bien es verdad que durante tres días la pobre chechia había sufrido bastante.

Lo primero que se le ocurrió al despertar, fue decirse a sí mismo: Tartarín, ¡ya estás en la tierra del león! Pero, al convencerse de que al salir, a dos pasos de la ciudad, se encontraría con su encarnizado enemigo, le produjo esto un escalofrío de pies a cabeza, y con un movimiento instintivo, se tapó la cabeza con las sábanas.

El ruido de las calles, el hablar de las gentes, le animó un poco y después de desayunar, que se lo hizo servir en la cama, abierta la ventana mayor, dejando que el sol llegara hasta él, y acompañando la comida con una botella de vino de Crescia, quedó otra vez siendo el Tartarín valiente, deseoso de aventuras.

— ¡Al león! ¡al león! — gritó, y dando un salto, se vistió con toda rapidez.

Ved cual era su plan: salir al cam-

po sin avisar a nadie, y al encontrarse en pleno desierto, esconderse y al primer león que pasara; pim! ¡pam!... ¡muerto!

Regresar luego al hotel, dar la gran noticia, recibir las felicitaciones, disponer un carro para recoger al animal, y al día siguiente, hacer lo mismo, hasta haber cobrado todas las pieles que tenía prometidas a sus paisanos.

Confiando en su plan, armóse sin olvidar detalle. Se lió la tienda de campaña a la espalda, y el eje le subía más de un palmo encima de la cabeza; pero esto no le importaba. Orgulloso, bajó a la calle, y sin preguntar a nadie la dirección que debía seguir, por miedo a que alguien acertara sus propósitos, tomó por los porches del barrio de Bab-Azun, terminados los cuales encontró la carretera de Mustafá.

¡Qué carretera para conducir al desierto! Autobuses, tranvías, coches de punto, berlinas, soldados, árabes, mujeres peinándose en las puertas, grandes rebaños de minúsculos boricos, tiendas de comestibles..., y Tartarín, mientras andaba sudando la gota gorda por el gran peso, empezaba a pensar que esto de Oriente,

no era más que una fanfarronería.

Pero, de pronto, tuvo un sobresalto. Unas patas largas que se estiraban y contraían, ¿qué sería? tranquilizóse prontamente; ¡era un camello!

¿Camellos ya? se dijo Tartarín, pues no andarán muy lejos los leones.

A los pocos pasos, vió una cuadrilla de cazadores *de leones*, pues Tartarín no se imaginó que pudiera existir otra clase de caza.

¡Cobardes! se dijo para sí al cruzarse con ellos. ¡Ir a la caza del león en cuadrillas y llevarse perros! ¡qué cobardía!

Pero curioso de saber qué utilidad podían tener los perros en la caza de la fiera, quiso preguntarles.

— ¿Cómo ha ido la caza?

— Así, regular — respondió uno de los cazadores, al parecer algo asustado por el exceso de armamento que llevaba el tarasconés.

— ¿Ha muerto algo?

— Naturalmente, siempre se mata..., vea lo que traemos — y diciendo esto, mostró el morral, que rebosaba conejos.

Extrañado Tartarín, dijo:

— ¿Es que los lleva en el morral?

— ¿Pues dónde tengo qué llevarlos?

— Deberán ser pequeñitos...

— Hay de todos, pequeños y grandes — y como el cazador tenía prisa, se juntó corriendo con sus compañeros.

No sabiendo qué pensar, Tartarín se dijo: estoy seguro de que no han cazado nada, ¡si conoceré yo a los cazadores...!

Y convencido de esto, siguió decididamente en busca del león.

Tartarín se encontraba ya algo alejado de Argel, y las casas se hacían cada vez más escasas. La tarde caía, y ya la niebla cubría las lejanías.

Llegaba la noche, por cierto sin luna, y el cielo aparecía tachonado de estrellas. La carretra acabó por estar completamente desierta; a pesar de todo ello, capaz para poner un escalofrío en el ánimo de cualquiera, Tartarín no temblaba. ¡Adelante!

Pensó que si seguía por la carretera, sería muy difícil encontrar al león, y decidió ir campo a través. Iba andando, cuando de pronto, se detuvo aterrizado: — ¡Huelo a león! ¡alto aquí! y como si fuera un lebre, husmeó en todas direcciones.



¡PIM! ¡PAM!

Encontrábase Tartarín en un desierto extensísimo, con plantas verdaderamente africanas, que, con la débil luz de las estrellas, parecían bichos raros.

A un lado, se distinguía una enorme montaña, que quizás sería el Atlas...; a otro lado, se oía el rugido sordo del mar. Seguramente que a pocos pasos de Tartarín era donde los leones se refugiaban.

Tartarín, rodilla en tierra, con una escopeta en el suelo y otra en la mano, esperaba. Pasaron una, dos... tres horas; pero el león no aparecía.

Acordóse entonces de que en los libros de caza había leído que, para llamar al león, usaban de un corderito al cual, tirándole de una pata, le hacían balar. Tartarín no tenía cordero, pero tenía buena voz y pudo imitar perfectamente al animalito; y empezó a pronunciar unos espléndidos balidos ¡bé!... ¡bé!...

Aunque empezó muy bajito; pues en el fondo de su alma, sentía un poquitín de miedo de que el león le oyera demasiado pronto. Pero viendo que el león no se acercaba, gritó un poco más fuerte, y luego más, y más, llegando a exclamar un ¡bé!... ¡bé!... tan fuerte, que más que un corderito parecía el rugido de un toro.

Cuando empezaba ya a desconfiar, vio a pocos pasos de él una cosa negra, que se movía, que saltaba y arrancaba al galope...

Tartarín no respiraba: quieto, esperaba el gran momento. Él no dudaba de que era el león: distinguió bien las cuatro patas, la feroz figura del animal, sus ojos que brillaban, su melena que el viento agitaba...

Fue el gran momento, y, decidido a todo, Tartarín obró enérgico. Apunten... ¡Fuego! ¡Pim! ¡Pam! Cuchillo en mano, corrió a la presa, pero ésta lanzó un aullido tremendo, y echó a correr tan a prisa como pudo.

Tartarín, que esperaba que le saltara al cuello, vio con tristeza que se le escapaba; pero pensó que la hembra no tardaría en llegar y esperó una hora, dos... ¡y ella no vino!

Sintiendo un poco de fresco, pensó en armar la tienda para preservarse del aire del mar, que se dejaba sentir; pero tan moderna e ingeniosa era, que no logró abrirla.

Después de luchar y sudar mucho, decidió echarla al suelo y dormirse encima.

— ¡Ta-ra-rá! ¡Ta-ra-rí!

Repentinamente despertó Tartarín: ¿qué es lo que oía? y frotándose los ojos, pudo ver que no se encon-

traba en el desierto. Su Sáhara, era un terreno con innumerables huertas; las plantas verdaderamente africanas, eran alcachofas como las de Tarascón. En pleno desierto unos hotelitos blancos, el cuartel de cazadores, que precisamente aquellos toques que habían despertado al gran cazador de allí habían partido.

¿Pero qué hacen estas gentes? — se dijo Tartarín. — ¿Vivir con los leones? Pues yo no he soñado, he

muerto un león, aquí está aún la sangre. Y siguiendo la pista que la sangre le ofrecía, llegó en medio de un campo de cebada, y entre un charco de sangre, herido en la cabeza, había un... ¿un qué? ¿un león?

— ¡No! Era un... ¡borriquillo! Uno de estos pacientes animalitos que con tanta frecuencia se encuentran en Argelia, y que los llaman “burriquets”.



TERRIBLE COMBATE. — A LA BUENA PIEZA

Al ver el equívoco que había tenido, sintió al primer momento un cierto despecho para el animalito; pero después, al verle tan limpio y bonito, y que parecía ser tan bueno, sintió compasión. Inclínose Tartarín para enjugar con la punta de su faja la herida, y cualquiera que hubiera presenciado aquel conmovedor espectáculo, hubiera tenido compasión de Tartarín.

Al verse socorrido el animalito, que aun tenía vida, abrió los ojos, como para darle gracias, y después hizo un movimiento convulsivo, estiró las patas y quedó sin movimiento.

— ¡Negrito! ¡Negrito! — gritaba una voz de angustia, y los pasos y el movimiento de las ramas eran tan cerca, que Tartarín se encontró frente a una mujer sin darse cuenta.

¡Qué mujer más bárbara! Bajo el



Tartarín se defendió lo mejor que pudo, parando los golpes con la carabina; saltaba y corría unos pasos, sudando y gritando: ¡Señora... señora!

aspecto de una vieja alsaciana, llegaba con un paraguas rojo levantado y dispuesta a dejarlo caer sobre Tartarín.

Al ver a la dueña del borrico, con tan mal genio, Tartarín pensó que sería más difícil tratar con ella que con una leona furiosa, y le explicó como había ocurrido la desgracia, que pensaba matar a un león y resultó ser un borrico.

La vieja creyó que Tartarín se burlaba de ella, y después de gritar mucho, le lanzó algunos golpes con el paraguas.

Tartarín se defendió lo mejor que pudo, parando los golpes con la carabina; saltaba y corría unos pasos, sudando y gritando: ¡Señora! ¡Señora!

Pero nada; era tanto el enfado de la aludida, que parecía estar completamente sorda.

El marido de la alsaciana, tabernero, comerciante, alsaciano también, se personó en el lugar, y enterado de lo ocurrido y de que Tartarín no quería otra cosa que pagar el importe del animalito, calmó al instante a su esposa.

Dijeron a Tartarín que el precio del animal era de doscientos francos, aunque en realidad no valía muchos más de diez; pero Tartarín pagó religiosamente.

Los tres enterraron el borrico al pie de una higuera, y se dirigieron a la taberna del alsaciano, y allí, obsequiaron a Tartarín con un excelente almuerzo, que en realidad lo tenía ya bien pagado.

En aquel lugar, todos los domingos se reunían muchos cazadores, pues la caza era abundante en aquellos alrededores, pero ¡se entiende! no la caza de leones, sino de conejos.

— ¿Y los leones? — preguntó Tartarín como si preguntara la cosa más natural del mundo.

— ¡Los leones? — respondió el alsaciano dejando ver su sorpresa por tal pregunta.

— Sí..., los leones... ¿andan por ahí alguna vez? — preguntó el buen hombre empezando ya a dudar.

— ¡Leones! ¡Dios nos libre de ellos! ¿Qué falta nos hacen?

— ¿Pero, es que no los hay aquí?

— Hace más de veinte años que vivo aquí, y jamás he visto ninguno; pero por los periódicos, creo que por allí, por el Sur, existen algunos aún.

Tartarín pareció sumido en un gran estupor.

La taberna del alsaciano era típica, como las de Tarascón, con una rama seca de encina en la puerta, y un letrero que decía:

“A la buena pieza”.

¡Qué alegría! ¡la buena pieza! ¡qué recuerdo para tí, oh Bravidá!

EL PRINCIPE GREGORY DE MONTENEGRO

Hacía más de quince días que Tartarín paseaba por el barrio moro de Argel sin decidirse a ir al sur, y a no ser por la Providencia, seguramente andaría aún por aquel barrio alto de Argel; pero encontró casualmente al príncipe montenegrino, su antiguo compañero de viaje.

Veamos cómo y dónde le encontró: érase un sábado por la noche, que en Argel, lo mismo que en la ópera y que en los casinos de los pueblos, daban en tal día un baile de máscaras: poca concurrencia había allí, y los trajes en realidad aparecían bastante deteriorados.

En una sala más interior, una multitud formaba varios corros alrededor de tapetes verdes: había gentes de todas clases y categorías, que buscaban ganar dinero; pero la mayor parte, en realidad, dejaban allí cuanto llevaban; algunos grupos, con más animación y alboroto, pero con menos dinero, disfrutaban también de los juegos más familiares, y de vez en cuando, si el más anciano ganaba algo, se levantaba y acudía a los tapetes verdes, para probar suerte, y sus compañeros iban con él, mirando fijamente el montoncito de monedas, deseosos todos de verlo crecer súbitamente.

Pues bien, aquí precisamente vino a caer Tartarín, con el propósito de distraerse un poco.

Andaba perdido por allí, cuando oyó a dos que con voz muy irritada, decían:

— Le digo a usted que a mí me faltan veinte francos, caballero...

— ¡Caballero!

— ¿Qué quiere?

— ¡Que sepa con quién habla!

— Pues esto es lo que me interesa.

— Pues bien, sepa usted que soy el príncipe Gregory de Montenegro.

Tartarín oyó este nombre con tanta alegría como si encontrara a su íntimo amigo Bravidá. Se abrió paso entre la gente, hasta llegar cerca de él, recordándolo tan simpático, educado, elegante, como lo vio en el vapor.

El llamarse él mismo príncipe de Montenegro, no hizo mucha impresión a su rival, y con tono de guasa dijo:

— ¿Quién conoce al príncipe Gregory de Montenegro? ¡Nadie!

Tartarín avanzó y con voz de trueno contestó:

— ¡Yo conozco al príncipe!

El contrincante, que era capitán de cazadores, se encogió de hombros y respondió:

— Si le conoce usted, repártanse los veinte francos.

Y entonces se perdió entre la multitud.

Tartarín no estaba satisfecho del resultado del incidente, pero el príncipe le detuvo:

— Déjele... ya le arreglaré yo las cuentas.

Y yéndose con Tartarín, salieron de aquel lugar: al darle las gracias por haberle reconocido, no recordó bien su nombre, y dijo tímidamente:

— Señor Barbarín...

— Tartarín — respondió en tono bajo.

— Tartarín o Barbarín ¡qué importa! nuestra amistad es sincera, y llegará hasta la muerte; y como para dar más firmeza a sus palabras, le estrechó fuertemente la mano.

Orgulloso estaba nuestro tarascónés, y con tan buena compañía se dirigió al hotel de los Plátanos, donde comieron una ensalada rusa, rociada con vino de Crescia, en una gran terraza sobre el mar.

Aquel príncipe, era verdaderamente seductor: de tipo elegantísimo, con el pelo rizado a tenacillas, con condecoraciones rarísimas, acento italiano y reflejando una esmerada educación, pues con mucha frecuencia citaba a Tácito, Horacio y a los Comentarios.

Tartarín, por lo que oyó, adivinó que sus hermanos, príncipes montenegrinos también, le habían desterrado, y, desde que tenía diez años, corría mundo para instruirse.

Precisamente el príncipe había estado tres años en Tarascón, y Tartarín se extrañó muchísimo de no haberle visto ni en el casino ni en la Explanada. "Salía muy poco de casa" dijo sin importancia el príncipe, y la delicadeza de Tartarín no le permitió hacerle más preguntas.

Cenaron espléndidamente, saboreando la ensalada rusa y el vino de Crescia, pasaron luego un buen rato charlando de mil cosas, y, al final, Tartarín pagó la cuenta.



SIDI TART'RI BEN TART'RI

Si algún día fuerais al barrio de Argel, con seguridad que entre risas oiríais hablar del célebre Tart'ri ben Tart'ri, europeo que pasó una temporadita allí, haciendo verdadera vida de moro.

¡Pero qué vida no era ésta! Aislado del ruido de la ciudad, no tenía más compañía que una vieja mora, con quien, como no se entendían uno a otro, no podía hablar. La mora, para romper el silencio, se pasaba el día haciendo sonar una guitarra; pero la música era tan monótona, que más que gusto, daba sueño.

Tartarín, cansado ya de los patios moros, alquiló un huerto en las afueras, y algunas veces con la mora, y otras solo, se iba, montado en un boricco, a comer granadas.

Tartarín Sancho, estaba encantado de la vida, pero Tartarín Quijote, algunas veces martirizaba al primero, porque se acordaba del motivo de su viaje, de los leones, de las pieles que tenía prometidas; pero el Sancho se encargaba de calmarle.

Con seguridad que, a no ser por el simpático príncipe Gregory de Montenegro, Tartarín hubiera olvidado la manera de hablar, obligado a permanecer en silencio todo el día; pero por las noches, sin dejar una sola, el príncipe montenegrino iba allí, y, con mucho gusto departía largos ra-

tos con Tartarín y al mismo tiempo, le servía de intérprete con la mora que le cuidaba, y no hay que decir que esto lo hacía el príncipe por gusto, pues a un personaje de tal alcurnia, Tartarín no se hubiera atrevido a ofrecerle nada por su molestia.

Algunas veces, iban allí comerciantes de pipas para tratos comerciales con Alí, el hermano de su patrona mora, y al conocer a Tartarín, y enterarse de su vida tan monótona, se ofrecían a distraerle un ratito, y jugaban a los naipes: casi siempre Tartarín perdía, pero mientras tanto había pasado un buen rato. Obsequiaba a sus amigos los "teurs" (éstos sí eran los teurs que tanto miedo daban a Tartarín antes de tratarlos, pero ahora, eran buenos amigos suyos, y él conocía su bondad). Al dar las diez, cuando ya habían comido y ganado, se despedían dando las gracias al profeta.

Las noches eran tan claras, que Tartarín solía dar una vuelta por la azotea, mientras en una torre de la mezquita salía un almuédano, y acompañado de una dulce melodía, cantaba las glorias de Alá.

¡Oh Tartarín! ¡Avergüénzate! ¡Esconde tu rostro! ¡Tartarín parecía un moro más en el cúmulo de azoteas de la ciudad!

“NOS DICEN DE TARASCÓN”

Era un atardecer, cuando Tartarín volvía de su huerto, solito, montado sobre el burro, y con los zurroneos de esparto llenos de sandías.

Con los brazos cruzados, la cabeza baja, como atontado por el sol y el calor, Tartarín pensaría en no sé qué, cuando oyó una alegre voz, que en su puro provenzal decía:

— ¡Qué casualidad! ¡Apostaría a que es Tartarín de Tarascón!

Al oír su nombre y en aquel tono, volvió rápidamente la cabeza, y vio que era el capitán del Zuavo, señor Barbassou, sentado en un café y fumando.

— ¡Qué tal, Barbassou! — exclamó Tartarín parando el boricón.

Barbassou, como si no hubiera oído, no respondió, y no paraba de mirarle fijamente.

— ¡Pero qué turbante, señor Tartarín! ¿Así, es verdad lo que dicen, que se ha hecho teur?

Viendo la cara que ponía Tartarín, creyó no sería prudente seguir por aquel camino, y dijo:

— No se fíe usted mucho de su patrona, ni de los príncipes de Montenegro.

Tartarín, levantándose sobre los estribos, respondió:

— El príncipe Gregory de Montenegro es un buen amigo mío, capitán.

— Bueno... no tenemos que enfadarnos... ¿quiere tomar algo conmigo? ¿no?... ¿quiere algo para su tierra?... ¿tampoco?... Bien: ahora no me dirá usted que no: traigo tabaco francés, que le sentará a gloria para aclararle la cabeza; tome, con éste tendrá bastante.

El capitán volvió a su mesa, y Tartarín, acordándose de lo que había dicho Barbassou, no quería creerlo; con paso muy lento, se dirigió a su casa.

La patrona le pareció asquerosa; la casa, pequeña, triste y preso de melancolía se dispuso a fumar aquel tabaco francés, que tanto tiempo hacía no había probado.

Iba envuelto en un pedazo de periódico, de “El Semáforo”.

Lo primero que vio al abrir el paquete fue:

“Nos dicen de Tarascón”.

y leyó con la mayor ansiedad:
“La población está tranquila. Tartarín, el cazador de leones, que salió para el Atlas, no ha dado noticias tuyas desde hace varios meses. ¿Qué habrá sido de él?...”

Nadie se atreve a preguntarlo,

pues conociendo bien su clara inteligencia, su afán de aventuras, su buena disposición para la caza, se nos ocurre que habrá sido sepultado por un huracán, o devorado por uno de los reyes de los animales, cuyas pieles tiene prometidas nuestro heroico compatriota, al municipio.

No obstante, creemos los más optimistas, que vive aún, pues unos comerciantes africanos que vinieron a la feria de Beaucaire, decían haberse encontrado en pleno desierto con un hombre, cuyas señas concuerdan con las de Tartarín, y si era él, dijeron iba en dirección a Tombuctú. ¡Dios libre a Tartarín de todo mal!”

Es natural que, al terminar aquella lectura, Tartarín tuviera necesidad de tomar algo para reanimarse, pues se emocionó tanto, que temblaba, sudaba, sentía escalofríos, y veía Tarascón en masa, hablando de él, intrigados por su suerte; en el casino, en la armería; los cazadores de gorras preguntando a Costecalde; en la botica, a la señora Bezuquet esperando cantar de nuevo el duo de

“Roberto el diablo”, y por último, y como más importante, los bigotazos del comandante Bravidá, antiguo capitán de intendencia.

Al comparar su situación, entre alfombras y perfumes con la que sus compatriotas le suponían, se avergonzó, derramó muchas lágrimas; pero de repente, se puso en pie y gritó:

— ¡Al león! ¡Al león!

Y corriendo, se fue al cuarto donde tenía la caja de armas, de conservas, el botiquín y la tienda de campaña; lo registró en un momento todo para ver si faltaba nada, y escribió unas letras al príncipe; y revisitiéndose de cazador, dejó abandonadas sus babuchas y su turbante.

Tartarín Sancho acababa de expirar: Tartarín Quijote, con más entusiasmo que nunca, seguía, en una diligencia, por la carretera de Bli-dah, en busca del león.

La patrona quedó estupefacta al ver las ropas del que fue Sidi Tart'ri, descansando, tristemente, bajo los blancos tréboles de la galería.



EPISODIO TERCERO

EN LA TIERRA DE LOS LEONES

LAS DILIGENCIAS DEPORTADAS

En una atropellada diligencia, vieja, acolchada a la moda de su tiempo, con paño azul y gruesas trencillas de lana áspera que cuando hacía algunas horas que estaban en camino, dejaban la espalda de los pasajeros anestesiada.... Tartarín de Tarascón, sentóse en un ángulo tan cómodamente como pudo, y el gran héroe, acostumbrado ya a los delicados perfumes de los felinos de África, tuvo que soportar el ambiente de la diligencia, lleno de olores de paja húmeda, de tabaco, de moros, de moras, de caballos y de correajes...

Los viajeros eran de clase muy variada: había un trapense, mercaderes judíos, dos muchachos que volvían a su batallón (el 3.º de húsares), un fotógrafo de Orleansville. Pero entre todos, Tartarín no encontró quien le simpatizara para entablar conversación y amodorrándose en un rincón, permaneció silencioso, con los brazos cruzados entre los correajes y las carabinas entre las piernas.

Tartarín aun no se daba cuenta de lo que había hecho y ahora, ante su

imaginación, veía al león del Atlas, fiero, plantándole cara, rugiendo... y al abrir los ojos, para cerciorarse de que aun no estaba en la tierra del león, sintió una impresión inesperada. ¿Dónde estaba nuestro hombre? ¿Acaso no era aquélla la diligencia que tantas veces le había llevado a hacer meriendas a las afueras de Tarascón? ¿Qué de recuerdos de su querido pueblo no le evocaba este encuentro!

Había llegado la noche; los faroles del carruaje estaban encendidos y por un momento Tartarín contempló los cómicos movimientos de los compañeros de viaje, sacudidos por los baches de la carretera y mal suspendidos por los herrumbrosos muelles. Los cascabeles de los caballos, que galopaban, rompían el silencio.

Tartarín de Tarascón, quedó medio dormido, y no oía más que el gemir de la diligencia: de pronto, una voz de hada vieja, que le llamaba por su nombre le despertó.

— ¡Señor Tartarín! ¡Señor Tartarín! — decía.

— ¿Quién me llama?

— ¿No me conoce V., señor Tartarín? Soy la diligencia que hacía el servicio de Tarascón a Nimes. Aun me acuerdo de cuando les llevaba a V. y a sus amigos, los cazadores de gorras, a hacer alguna excursión. Cuando ha subido, no le había reconocido, con este traje de teur auténtico; pero en el momento en que, vencido por el sueño, se ha puesto a roncar, me he dicho: ¡pero si estos ronquidos son iguales que los que hacía el señor Tartarín de Tarascón! y fijándome bien, he visto que, a pesar de haber engordado, tenía la misma cara de antes.

— ¡Bueno! ¡Vaya! — dijo el buen hombre un poco molesto, pero después, intrigado por saber cómo encontraba allí a su vieja compañera, le dijo suavemente.

— ¿Y cómo has llegado hasta aquí?

— No ha sido por mi gusto, señor, que estoy por estas tierras. Verá V. Cuando inauguraron el ferrocarril de Beaucaire, me declararon inútil, a mí y a la mayoría de mis compañeras, y a todos nos mandaron aquí, a pasar nuestra vejez haciendo vida de galeras.

La vieja diligencia lanzó un suspiro y siguió.

— Cuando me acuerdo de Tarascón, cuando yo me encontraba en plena juventud, que no salía ninguna mañana sin estar limpia, con las ruedas bien barnizadas, los faroles nuevos, los muelles rebosando aceite,

¡aquello sí que era vivir! “Lagadigadeon” “¡La Tarasca!” y un perro le seguía, colocándose los dos en la parte alta del imperial, y al grito de “Arrea” “Oixque”, los cuatro caballos, que en cuanto a limpios y elegantes de línea no desdecían de mí, arrancaban alegres con paso ligero...

Y la carretera, ¡qué pista! ancha, con arbolado, montones de grava para conservarla bien, con unos paisajes encantadores a ambos lados: viñedos, olivares... Posadas a cada dos kilómetros..., relevos muy frecuentes... Y las gentes que venían conmigo, ¡qué bellas personas! Párrocos, alcaldes, que iban a Nimes a ver al Obispo o al jefe; estudiantes en vacaciones; mercaderes que seguían los mercados; aldeanos, bien afeitados, que iban a la ciudad; y por último, ustedes, los cazadores de gorras, que con el buen humor que nunca les abandonaba, regresaban de sus cacerías, con las gorras hechas un prinque, en mi imperial, cantando cada cual la “suya”...

Pero ahora, ¡qué diferencia! Llevo gentes que Dios sabe quiénes son: negros harapientos que me llenan de grasa, mercaderes fumando largas pipas de tabacos perfumados, moras cubiertas hasta los ojos, infieles que van a la ventura, soldados que van a sus batallones y todos ellos hablan unas lenguas imposibles de entender. El cochero, me trata con desprecio; jamás me lava ni me cepilla, ni unta mis muelles, y los caballos, también son distintos: los de Tarascón, iban

formales, con más entendimiento que el mismo conductor; pero estos caballos árabes, se muerden, se pelean, se dan coces, que muchas veces me rompen las varas.

En este momento, los caballos dieron crédito a las palabras de la diligencia, pues empezaron a pelearse.

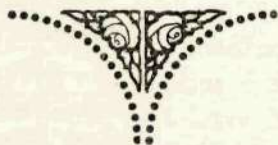
Las carreteras, ahora están un poco bien, porque nos encontramos cerca del gobierno, pero más abajo, ya verá V.; ni tan sólo hay caminos, ya; este bárbaro de cochero, para ir a ver a un amigo suyo y tomar un ajenjo, me hace andar por medio de los campos, y luego, claro, como que tiene que llegar a la hora, latigazos a los caballos, y yo, con los malos muelles

que llevo, recibo golpes por todos lados y algunas veces, vuelco.

Al llegar a casa, me dejan en medio del patio, sin tener en cuenta mi edad ni mi reumatismo y los mendigos, que no tienen hogar, buscan en mi departamento recogimiento para la noche, y algunas veces me llenan de bichos...

Esta es mi vida, señor Tartarín, y espero que tendrá fin cualquier día, en que dando un tumbo por esta carretera, se me doblen las ruedas y no logren levantarse más, y los árabes aprovechen mis despojos para hacer hervir su alcuzcuz.

— ¡Bridah! ¡Bridah! dijo el conductor abriendo la puerta.



SE VE PASAR UN SEÑOR BAJITO

Confuso, a través de los cristales empañados, Tartarín pudo ver una plaza, de tamaño regular, con naranjos alrededor, en la cual, unos soldaditos, como de plomo, hacían la instrucción.

Tartarín conoció que no era allí donde estaba el león, y dijo:

— ¡Al Sur! ¡Más al Sur! — y volvió a acurrucarse en su rincón.

Se abrió la puerta, y entre el aire fresco de la mañana, perfumado por los naranjos cercanos, subió un señor bajito, con levita marrón, cara pequeña y arrugada, corbata de seda negra de unos cinco dedos de ancha, un paraguas en la mano y una cartera bajo el brazo: su tipo era verdaderamente de señor notario.

Encontró sitio frente a Tartarín y al ver el arsenal que llevaba, le miró con mucha insistencia. La verdad es que Tartarín, junto con sus fusiles, revólveres y equipaje, ocupaba una barbaridad de espacio, pues él solo ya era mucho, comparado con el viejo notario.

Molestado Tartarín, le dijo:

— ¿Es que le asombra ver tantas armas, caballero?

— No me asombra; me molesta — respondió con mucha calma.

— ¿Es que se imagina usted que

iré con su paraguas a cazar los leones del Atlas?

El caballero miró su paraguas, sonriente, y dijo:

— Así usted será...

— ¡Tartarín de Tarascón, cazador de leones! — contestó con toda rabia el provenzal, haciendo mover la borla de la chechia, como si fuera una melena.

Un movimiento atrás hicieron los soldados, los mercaderes..., el fotógrafo, le miró con su ojo de artista, imaginándose el éxito que su fotografía le daría.

El señor bajito, fue el único que quedó impasible.

— ¿Han sido en gran número sus víctimas, señor Tartarín?

— ¡No le diré más que ya quisiera usted tener tantos pelos en la cabeza como leones he muerto!

Todos se fijaron en la calva del buen señor, que no tenía más que tres pelos rubios, erizados.

El fotógrafo que aun le miraba, dijo:

— Su profesión es muy atrevida, y debe pasar malos ratos, ¿verdad? Ya ve, el pobre señor Bombonel...

— ¡Ah sí! El cazador de panteras — contestó como si tal cosa.

— ¿Le conoce usted a Bombonel?
— preguntó el señor bajito.

— ¡Intimos amigos! Hemos cazado juntos varias veces.

— El caballero sonrió y le preguntó:

— ¿Es que también caza panteras, usted?

— De vez en cuando... para distraerme.

Y levantando la cabeza para darse más importancia, continuó:

— Esta caza no tiene punto de comparación con la del león.

— Esto salta a la vista — dijo el fotógrafo — una pantera, no es más que un gato grande...

— ¡Justamente! — respondió el tarasconés para rebajar la gloria de Bombonel.

Paróse la diligencia; el cochero, con mucho respeto, indicó al señor bajito que ya había llegado y con la

cartera y el paraguas, descendió de la diligencia; pero antes de cerrar la puerta dijo:

— Señor Tartarín, ¿me permite una observación?

— Diga usted, señor mío.

— Pues oiga. Creo es mejor regresar cuanto antes a Tarascón. Va usted a perder el tiempo por aquí, pues panteras, sí las hay aún, pero es caza demasiado sencilla para usted; pero leones... leones ya no hay. El último lo mató mi compañero Chassing, no hace mucho.

Y luego, se retiró aquel señor.

— ¿Quién es ese, conductor? — preguntó Tartarín cuando habían reprendido la marcha.

— ¿Cómo? ¿Es que no le ha reconocido usted? ¡Pero si es el señor Bombonel! ¡el gran cazador de panteras!



AUN QUEDAN LEONES EN AFRICA

Después de dos días sin moverse ni levantarse de su ángulo, cansado de tantos tumbos y fatigado en extremo del desgaste de atención que había tenido, mirando siempre si veía, en los campos o en la cuneta, alguna señal que le demostrara la existencia de su terrible enemigo, Tartarín decidió apearse y se encontró en un pueblo llamado Milianah.

Al dejar la diligencia, nuestro hombre respiró profundamente, pues desde que había hecho aquella plancha con el señor Bombonel, le parecía ver en las caras de sus compañeros de viaje una sonrisa de mofa, que le molestaba en extremo, y el pobre no se atrevía ni a respirar.

Además, recordaba el consejo del gran cazador, y se decía: si no hay leones aquí, ¿por qué tengo que cansarme, fatigarme y gastar dinero?

Pensando así, iba andando, buscando un hotel donde descansar un poco, pero al doblar una esquina, ¡ay del corazón de Tartarín! ¡qué salto dió! Ya estaba cara a cara con... ¿con quién creéis? Acertadlo...; pues con un león horrible, de dimensiones descomunales, con melena roja que brillaba a través del sol.

— ¿No me decían que ya no existen leones por aquí? exclamó el gran cazador retrocediendo unos pasos.

El león, al oír esta exclamación, bajó la cabeza y con la boca cogió un platillo de madera, que tenía en la acera junto a sus pies, y lo alargó humildemente hacia nuestro héroe, que al ver tanta mansedumbre, quedó lleno de asombro. En aquel momento, pasó un árabe y sin dar la menor importancia, echó una moneda al platillo y el león, como para darle gracias, movió la cola.

Tartarín de Tarascón, comprendió rápidamente todo lo que aquello significaba. El león, que era ciego, pedía limosna, custodiado por unos negros muy robustos, provistos de dos garrotes.

Tartarín se indignó, y sintió que la sangre se le subía a la cabeza, y con voz de trueno gritó:

— ¡Miserables! ¡Humillar así al más noble de los animales!

Y llevado por su ira, arrancó el platillo de la boca del animal; pero los negrazos le saltaron al cuello y empezaron a darle con sus garrotes; la gente se agrupaba para ver el resultado: los niños reían, las muje-

res gritaban y algunos ancianos llamaron al juez de paz.

Tartarín, al principio se defendía, pero después, rodó por el suelo, magullado por los golpes.

Un hombre que llegó precipitadamente allí, se abrió paso entre la multitud, levantó a Tartarín, le sacudió

te corcel que me ha permitido llegar en momento tan oportuno para apartarle de esta mala gente; y a propósito. ¿qué le ha pasado que le dieran tan malos tratos?

— Iba a librar al león de la humillación de que le hacen objeto, y al quitarle el platillo de la boca, no sé



— ¡Miserables! ¡Humillar así al más noble de los animales!

la ropa para quitarle el polvo y le acompañó a un pilón donde se sentó.

Al encontrarse tan bien allí, Tartarín se reanimó, y ¡qué sorpresa! ¿usted aquí? ¿cómo es posible?

— Aquí estoy por usted, querido amigo!

— ¡Oh príncipe! ¡Oh príncipe!

— Al leer su carta y enterarme de su resolución, monté sobre un valien-

que ha pasado... ¡mire usted cómo me han puesto!

— Pero hombre, ¿no sabe usted que este león es casi sagrado para ellos, y que desde que Mahomed-ben-Auda, hará unos trescientos años, fundó aquí un convento de monjes que cuidan de las crías de los leones y los mandan con los padres a pedir limosna a todas direcciones de Áfri-

ca, tienen el convencimiento de que si alguien robara el león perdería su domesticidad, y los devoraría en un instante; por esto, querido Tartarín, al ver que usted quitaba el platillo del animal han creído que sucedería lo que la tradición les ha enseñado, y se han defendido con todas sus fuerzas.

Tartarín, mientras escuchaba para dar crédito al relato del príncipe, hacía unas inspiraciones y expiraciones tan profundas, que hacían un ruido tremendo.

Para terminar, Tartarín dijo:

— Lo único que me interesa, es que, a pesar de las razones del señor Bombonel, aún quedan leones en Argelia.

— ¿Qué si los hay aún? — respon-

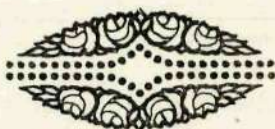
dió el príncipe entusiasmado — ya verá el resultado de la batida que daremos mañana en la llanura de Cheliff.

— ¡Pero príncipe! ¿Es que va usted a venir conmigo al desierto?

— ¡Pues claro hombre! ¡Sólo faltaría que ahora, que es cuando usted necesita más de una persona de confianza, le abandonara entre estas tribus salvajes, que le devorarían con más gusto que el mismo león. Vaya usted donde vaya, yo no lo dejaré.

— ¡Oh príncipe! ¡Oh príncipe!

Y le estrechó fuertemente contra su pecho, pensando que lo mismo que Bombonel, Julio Gerard y otros, Tartarín de Tarascón tendría también un príncipe extranjero que le acompañaría en sus cacerías.



LA CARAVANA EN MARCHA

Al romper el alba del nuevo día, hubiérais visto por un caminito estrecho, en las afueras de Milianah, a los intrépidos compañeros, el príncipe Gregory de Montenegro y Tartarín de Tarascón, seguidos de media docena de negros indígenas, que llevaban el equipo del gran cazador.

El paisaje, a ambos lados del camino, era delicioso: huertos, viñedos, algarrobos, jazmines, todo daba un perfume, que embriagaba. Los negros saltaban entre las rocas, con sus pies descalzos, como si andaran sobre una alfombra: a Tartarín, le era un poco difícil la operación, pues el pobre llevaba tanto peso entre el suyo propio y el de las armas, que sudaba el quilo y no podía andar mucho.

El príncipe Gregory, se había puesto un quepis, con galones dorados, hojas de laurel bordadas en oro y plata, visera negra, charolada, que le daba un verdadero aspecto de alteza, y Tartarín que jamás había visto un gorro parecido, se atrevió a preguntar con mucha discreción.

El príncipe con tono grave le dijo:

— Es la prenda indispensable para andar seguro por África, pues los negros, al ver esto tan reluciente,

quedan atontados y obedecen ciegamente a quien usa tal prenda. El gobierno argelino se ha visto obligado a dar estos quepis a todos los empleados, desde los peones camineros, hasta los ministros, para obtener la obediencia de sus súbditos.

Yo creo que un palo con un quepis, gobernaría a estas tribus y con esto quiero decir que aquí no sirve para nada tener más o menos inteligencia: el gorro lo es todo.

Habían llegado cerca de un pueblo, cuyo gobernador, con su esposa, estaba paseando por las murallas más altas, y al oír el ruido que hacían las cajas de armas al bajar de una roca a otra, y al ver el relucir de las armas, creyó era un asalto que le iban a dar, y mandó elevar el puente levadizo, y que la tropa estuviera preparada para el menor asomo de peligro que se produjera.

¡Qué estreno tuvo la caravana!

Pero antes de que llegara la noche, cosas más graves sucedieron.

Uno de los negros que le seguían, se vio atacado por fuertes cólicos, a causa de haber comido el esparadrapo del botiquín. Otro, que se había emborrachado con el aguardiente alcanforado, se echó a la cuneta de la

carretera. Otro, que llevaba el cuaderno de viaje, y que al ver las cerraduras de metal creyó era un gran tesoro, echó a correr a través del Zaccar, a toda prisa.

Al detenerse para tomar un poco de alimento, el príncipe, mientras trataba inútilmente de disolver una

— ¡No! ¡No!... ¡Borricos no! — dijo vivamente Tartarín acordándose del Negrito, y para disimular su tristeza, dijo:

— ¿Cómo es posible que animal tan pequeño llevara nuestra carga?

— Está usted en un error, señor Tartarín. ¿Sabe usted cómo explican



... el príncipe montó en el cuello y él sobre la jiba y, arrogante, con la "chechia"...

pastilla de pemmicán en una cacero-la de triple fondo, dijo así a Tartarín.

— Me parece, amigo mío, que lo mejor que podríamos hacer es prescindir de los negros, y mañana, en un mercado que hay en el pueblo vecino, comprar algunos borricos para llevar el equipo.

los árabes la fuerza de los borricos? ¿no?, pues dicen que allá, arriba, hay el *muci*, o sea; como el gobernador, y éste tiene un gran garrote con el que pega al estado mayor; éste, a su vez, para desahogar su ira, pega al soldado; el soldado al colono; el colono al árabe; el árabe al negro; el negro al judío; el judío al borrico, y

éste, que no tiene sobre quien descargar su venganza, carga con todos, y ¿no le parece a usted, que sus baúles son poco comparado con todo lo que le he dicho?

— Me es igual, pero mi conciencia no me permite tal cosa; además, hay otros animales más propios para ir al desierto, que un borrico; hay, por ejemplo, un camello.

— Pues iremos al mercado y podremos escoger un camello. Fueron, efectivamente, al mercado, y vieron una barbaridad de borricos, corderos, cuervos, una gran variedad de alimentos, tiendas infectas, negras de moscas; judíos, jugando bajo el sol que lo abrasaba todo; pero camellos, ni uno en el mercado.

Andando por una calle, vieron uno, con la cabeza pelada, mirada triste, flaco, en una palabra, el típico camello del desierto.

El chico que lo llevaba, consintió en venderlo y fueron al mercado para fijar precio. No hay que decir

que Tartarín pagó cuanto le pidieron y en medio del mercado, hizo montar su equipaje sobre el animal; el príncipe montó en el cuello, y él sobre la jiba, y, arrogante, con la chechia bien puesta, dio orden de partida; el camello, estirando sus nudosas patas, emprendió una desgarrada y rápida carrera.

A las pocas zancadas, Tartarín emblanqueció: la chechia repetía las posiciones que tuvo en el Zuavo, y con una voz de niño, el cazador de leones, en pleno desierto, dijo:

— ¡Príncipe! ¡Príncipe! ¡bajemos!... siento... ¡siento que voy a escarnecer a Francia!

El camello no se paraba, atolondrado por el ruido de una multitud de negritos que corrían tras ellos con voces, gritos y risas, y nuestro héroe, después de que la chechia tomara las cinco posiciones, no pudo menos que soltar todo lo que llevaba en el estómago.



AL ACECHO, DE NOCHE, EN UN BOSQUE

DE ADELFA

Tan pintoresco como era el conjunto que formaban el camello, la carga y los cazadores, y no pudo durar mucho. Por respeto a la chechia, tuvieron que apearse, y seguir hacia el león, con etapas cortas, yendo Tartarín delante, el camello en medio y el príncipe a la cola.

Tardaron casi un mes en llegar a la tierra del rey de los animales, atravesando tierras sin cultivo, lo que llaman "Granero de Francia" y no se ve ni un solo grano: pero Tartarín no se fijaba en esto: con la única idea del león, esperaba el momento en que se presentara.

La tienda de campaña, no se abría ni por milagro, y las pastillas de pemmicán no se disolvían, y por esto se veían obligados a detenerse en las tribus, y tomar lo que, gracias al quepis del príncipe, las gentes les daban.

Eran muy obsequiados, y en honor de Tartarín, daban fiestas, lo que llaman *diffas*, y después, antes de que se fueran, iba un *aga*, con la cuenta. ¡Miserable hospitalidad árabe!

Los leones parecía que se escondían. ¡Ni uno! Pero Tartarín no de-

sanimaba, y adelante, ¡siempre adelante!

Cuando llegaba a un matorral, la valentía de nuestro hombre subía a tal extremo, que iba allí, y preparado para disparar en seguida, movía las ramas haciendo ¡frt!; pero el león no salía.

Una tarde, encontrándose cerca de un bosque de lentiscos, Tartarín creyó oír, aunque muy débilmente, el rugido que tantas veces había oído en la casa de fieras de Mitaine.

Dudando un momento de sí mismo, no podía creer que fuera cierto lo que oía; pero los rugidos se repetían con frecuencia, y se convenció de que era el león.

Estaban muy cerca de un sepulcro, lo que llaman ellos un marabú, y esto parecía a propósito para refugio del camello y del príncipe. Tartarín los metió allí, pero el príncipe quería ir con él a la caza y Tartarín le manifestó sería mejor que aguardara allí para caso de necesidad, y le confió la cartera (bonita cartera con documentos y billetes de banco), para evitar que el león, con sus garras, la echara a perder.

Después, Tartarín fue a colocarse en el bosque, rodilla en tierra, cuchillo de monte a sus pies, clavado en la arena, y escopeta en mano, esperando para apuntar.

Se colocó tan bien, que forzosamente tenía que dar en la presa. En un río allí muy cerca, había solamente como un cubo de agua, y allí tenían que dirigirse las fieras para saciar su sed; y a través del bosque, se veía como un sendero, obra de las repetidas idas al río; Tartarín estaba allí esperando.

Esto no era para estar del todo tranquilo, y además el espíritu estaba en constante sobresalto, pues el aire hacía mover las ramas haciendo unos ruidos tan raros, que algunas veces parecían rugidos de animales.

Tartarín estaba emocionado y sus dientes castañeteaban; realmente tenía miedo. Pero esto no avergüenza, al contrario, pues si no se tuviera miedo, ¿dónde estaría el mérito?

Quieto, con el oído atento, creyó

oir, en medio de la noche, los pasos de la fiera junto a él, disparó dos tiros al azar, y corrió a refugiarse al marabú.

¡Pobre cazador! El cuchillo abandonado, hubiera servido de recuerdo del pánico más enorme que hubiera tenido un cazador en el desierto. Cuando llegó allí, gritó:

— ¡Príncipe! ¡a mí! ¡al león!

Ni una respuesta.

— ¡Príncipe! ¡Príncipe! ¿Dónde está?

Nada.

El príncipe no estaba allí. El camello permanecía, solo, esperando el momento de reemprender la marcha, con cierta angustia, pues el pobre, lo mismo que Tartarín, tiritaba, y lo demostraba claramente el ruido de las cajas de conservas, a causa del movimiento de la jiba.

El príncipe Gregory, al tener en sus manos la cartera, que era lo que esperaba hacía mucho tiempo, se dio a la fuga sin despreciar un instante.



¡POR FIN!

Pasada ya aquella trágica noche, Tartarín tuvo el convencimiento de que el príncipe le había robado la cartera, y que sin él ya, se encontraba completamente solo en aquel desierto.

Al dudar del príncipe, dudó de Oriente y también de los leones, sintió por todo ello una gran decepción y acabó llorando amargamente.

Mientras estaba pensativo, para decidirse, vio que de entre la maleza del bosque, a diez pasos de él, aparecía un tremendo león, con la cabeza erguida y lanzando unos rugidos aterradores.

El marabú tembló, el camello igual; pero Tartarín en trance tan supremo, ¡no!

¡Por fin! dijo sonriendo, y ¡Pim! ¡Pam! El león ya estaba muerto. Las dos balas le habían dado en medio de la cabeza y como eran balas explosivas, figuraos como quedó la cabeza del león. Parecía unos fuegos artificiales: sesos por aquí, sangre por allá, sangre por todos lados...

¡Ya estaba! Al fin había dado con la presa; pero el buen hombre tuvo un sobresalto, pues del mismo sitio donde salió el león, vio salir ahora dos negrazos, que precisamente eran los mismos que en Milianah le habían dado aquella paliza.

Venían corriendo, con el palo levantado... Tartarín lo comprendió todo: había muerto al león domesticado del convento.

Con tanta ira llegaron hasta él, que Tartarín se vio hecho trizas; pero por fortuna pareció que Dios le enviaba un ángel para librarlo del furor de los negros. En efecto, en pleno desierto compareció nada menos que un guardabosque con quepis, y ya se puede suponer que el quepis mágico, calmó en el acto a los negros.

El guarda levantó acta del suceso, y llevó a Tartarín y a los negros al juzgado de Orleansville.

¡Qué proceso, señores! ¡Duró más de un mes, y fue severísimo!

Tartarín tuvo tiempo para conocer bien a los argelinos, pues su carácter quisquilloso se deja ver en todos los sitios.

Lo primero que intentó el señor Juez fue saber si el león había sido muerto en terreno civil o militar. Si era en el primer caso, el asunto correspondía a su tribunal, o sea al de comercio; pero si era en el segundo caso, Tartarín tenía que ser sometido a un consejo de guerra. ¡Qué horror le daba a nuestro hombre oír tal cosa! Se veía fusilado, condenado a un silo....

Pero en aquel país, las fronteras no están bien delimitadas y era cuestión delicada determinarlo.

Al fin, todo se arregló, pues si bien el león había sido muerto en terreno militar, Tartarín había disparado desde terreno civil, y, afortunadamente, considerando el hecho como delito civil, como a tal lo juzgaron.

La pena que le impusieron fue pagar dos mil quinientos francos a los dueños del león, y el gasto del pleito.

¡Pobre Tartarín! ¿Cómo se las tenía que arreglar para pagar todo aquello, sin tener más dinero que unos céntimos que llevaba en el bolsillo?

Se le ocurrió una buena idea, y fue exponer al mercado de la población todas sus armas, y venderlas al detalle. Tuvo que vender también las llaves inglesas, saca tapos, cortaplumas..., la tienda de campaña y aún las botas de montar, que las vendió como "curiosidades conchinchinas".

Liquidado todo, pagó sus gastos y deudas y quedóse solamente con la piel del león y con el camello.

La piel de su víctima la embaló bien, y la mandó a Tarascón, a nombre del bizarro comandante Bravidá, y ya veremos más tarde los sucesos que motivó este despojo.

Ya no le quedaba más que el camello, y Tartarín se propuso venderlo, para que, con el dinero que sacara, poder regresar a Argel; pero el animal estaba tan atropellado, tenía tan mal semblante, que no en-

contró quien cargara con él, y Tartarín decidió abandonarlo e ir andando hasta Argel.

Empezó a andar, y el camello detrás de él, acomodándose perfectamente a su paso; le había tomado un cariño especial, y no quería abandonar a su intrépido dueño.

Tartarín llegó a conmovirse, al ver la ternura de la mirada del camello. Pero al mirarle, recordaba tantas desventuras, que quería olvidar, y hubiera preferido no ver más al animal y seguir viviendo como si jamás hubiera conocido el desierto, ni los árabes, ni el león; y con esta idea, trató varias veces de perderle; pero el camello era la misma fidelidad y vigilaba tanto, que siempre volvía a encontrar a su dueño, y éste tuvo que conformarse, al fin, con su incómoda compañía.

Ocho días hacía que seguían por la polvorienta carretera, cuando Tartarín vio, a lo lejos, las cúpulas blancas de Argel.

¿Vas a presentarte en la ciudad con este animal? — se dijo a sí mismo. — ¡No y no! y se echó a una cuneta, aguardando. Al poco rato, pasó por encima suyo el camello, con paso largo y Tartarín salió de allí diciéndose: ¡qué peso me he quitado de encima!

Tranquilamente Tartarín cruzó un sendero que pasaba junto a las paredes de su huerto, y se fue directamente a casa de su patrona.

CATASTROFE SOBRE CATASTROFE

La puerta de su pensión estaba entreabierta, y Tartarín penetró sin llamar.

En la habitación cercana al patio, oyó la voz de la patrona, que cantaba.

¿Te gusta Marco la Bella
danzar en salón florido?

— ¡Cómo es posible! — exclamó Tartarín entrando precipitadamente. ¿Ella que no sabía una palabra de francés cantaba esta canción?

¡Qué desilusión tuvo, pobre Tartarín!

El capitán del Zuavo, Barbassou, estaba escuchando esta canción, que tanto le gustaba, y la mora cantaba en francés, correctísimamente; pero, confundida al ver a Tartarín, corrió a esconderse y Barbassou, con tono alegre, le dijo:

— ¿Ve usted, señor Tartarín, como la patrona habla francés? ¿Qué me dice usted de todo esto?

— ¡Capitán!

— Si usted me hubiera creído, ahora no le sorprendería. ¿No le dije que no fiara de las moras ni de los príncipes montenegrinos?

Tartarín le miró fijamente.

— ¿Sabe usted dónde está el príncipe?

— Sí, lo sé. No está muy lejos de aquí. Está pasando una temporadita en la hermosa prisión de Mustafá. ¡Se dejó coger con las manos en la masa!... pero ya conocía él esta vida... había permanecido tres años en la prisión de... ¡de Tarascón, precisamente!

— ¡Ahora comprendo!... Él me hablaba siempre de la parte de Tarascón que se ve desde el presidio...

Y el capitán le aconsejó que abandonara Argel, donde sólo correría tropiezos, pues incluso el almuédano, al salir todas las noches a invocar a Alá, echaba piropos a las moras que devotamente subían a las azoteas.

— ¡Pero cómo quiere usted que vuelva allí, si no tengo un céntimo... En el desierto me desplumaron.

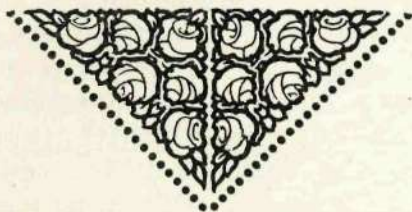
— ¿No sabe usted que yo quiero ser tan buen amigo suyo? Pues hombre, aprovéchese de mi amistad, y si quiere, mañana puede salir en el Zuavo para Marsella, sin pagar un céntimo.

Tartarín no supo de momento qué contestar. Se despidieron luego, y por la noche, le ocurrió una diabólica aventura. Entró corriendo a la mezquita, asustando al guardián, le obli-

gó a quitarse el turbante y la pelliza; Tartarín subió a la terraza y con voz primero fina, pero después de trueno, dijo:

— La Alá il Alá... Mahoma es un farsante... El Oriente, el Corán, los bachagas, los leones, el desierto... ¡en conjunto no vale nada! Ya no hay teurs... sólo quedan embusteros y tramposos... ¡Viva Tarascón!

Y mientras en mezcla de provenzal y árabe Tartarín pronunciaba su discurso, en las blancas azoteas y por todos lados de la mezquita, habían devotos que se daban golpes sobre el pecho, y que creían que las palabras de franca ira de nuestro tarasconés, eran las palabras del muecín invitando a la oración.



¡TARASCON! ¡TARASCON!

Era mediodía y el Zuavo se disponía a salir hacia Francia. El estado mayor de Argel, o sea lo principal de la sociedad, acudió al muelle para ver la partida del vapor.

Los pasajeros en medio de baúles, cofres, bultos, se precipitan aún para llegar a tiempo. Tartarín de Tarascón también está allí, pero solo, sin equipaje, sin armas, sin tienda de campaña...

Momentos antes, bajaba acompañado del capitán por la calle de Marina, atravesando el mercado chico, donde no hay más que melones y sandías.

Aun no tenía los pies en la chalupa; al levantar el último de tierra argelina, lo hizo con un impulso tan fuerte, reflejo de su ira, que la chalupa corrió varios metros mar adentro.

Un animal, sin aliento, se precipitó en la playa, y después de husmear el agua, se echó a ella, nadando, saliéndole sólo la giba y el largo cuello, pues ya habréis adivinado que este infeliz era el camello.

Tartarín quedó pálido al verle.

El capitán le preguntó:

—¿Es de usted este camello?

—¡No! — respondió Tartarín horrorizado de imaginarse la llegada a

Tarascón con aquel repugnante animal.

El capitán, no obstante, compadecido del pobre camello, por su triste mirada y la insistencia con que parecía decir “¡Llebadme! ¡Llebadme!” ordenó izar a la bestia, para regalarla al Parque Zoológico de Marsella.

La operación fue difícil, pues con el agua pesaba tanto, que los marineros no podían subirlo.

Tartarín, al ver a su compañero, instalado en la cubierta, se metió en el camarote sin salir ni un momento; y no porque la chechia tomara las acostumbradas posiciones de temporal, no; pero tenía la certeza que si salía, el cariño del animal le pondría en un serio compromiso.

A la mañana del tercer día, el Zuavo echó anclas, y Tartarín oyó las campanas de San Víctor y el carillón de la Catedral. ¡Ya estaban en Marsella!

Como no tenía equipaje alguno, bajó sin perder tiempo, y sin volver la cabeza por miedo a que el camello fuera tras él; y como a escondidas, cogió el primer tren que salía para Tarascón.

Durante el viaje, observó que las gentes que salían a la ventana para

ver pasar el tren, no miraban precisamente el convoy, sino algo más atrás. ¿Qué miraban?

Tartarín, intrigado, miró a su vez.

Recibió tal impresión, que se acurrucó en un rincón del departamento, con los ojos cerrados y el entrecejo arrugado.

Al asomar la chechia por la puercecita, un estruendo de ¡Viva Tartarín! hizo vibrar el aire.

— ¡Viva Tartarín de Tarascón!
¡Viva el cazador de leones!

Y a no tardar, músicas y coros y gritos. Al cabo de pocos momentos todos estaban emocionados, incluso



...todos estaban allí, orgullosos de Tartarín, con la cabeza descubierta...

¿Sabéis qué había visto? ¡Pues el camello! A largas zancadas, seguía, el pobre, a su dueño.

El tren paró al fin. ¡Tarascón!
¡Tarascón!

Tartarín tuvo que bajar forzosamente, avergonzado de llegar allí sin un céntimo, sin un león y con aquel camello.

TARTARÍN DE TARASCÓN

Tartarín. De momento creyó era una burla de sus compatriotas, pero no: todos estaban allí, orgullosos de su valiente hombre, descubierta la cabeza, y vitoreando al héroe.

Al frente de la comitiva, estaba el bizarro comandante Bravidá, el armero Costecalde, el boticario Bezuquet, el presidente Ladeveze, todos los

6

cazadores de gorras, sin faltar uno, y el pueblo de Tarascón en masa y aún gentes de Beaucaire y de otras poblaciones del mediodía de Francia.

¿Sabéis cuál era la causa de todo aquéllo?

La piel del león ciego, la cual había permanecido expuesta al público durante muchos días, y que dio origen a un artículo de "El Semáforo", en el que se explicó un verdadero drama de como Tartarín, en el Atlas, había dado una batida a los leones, pues no había muerto uno solamente, sino diez, veinte...; una imponente bandada de feroces leones.

Lo que culminó la admiración hacia él, fue el camello, que con el pelo rústico por el sudor y el polvo, y además deshecho por la larga caminata,

seguía aún con cierta naturalidad los pasos de su dueño.

Los tarasconeses, al verle, se asustaron de momento, creyendo que llegaba la *tarasca*; pero Tartarín, con cierta negligencia dijo:

— Es mi camello. No temáis.

Tartarín no mentía, era el suyo; pero el espejismo actuó sobre él, y continuó actuando luego.

Y cogiendo del brazo al comandante Bravidá, rodeado de los cazadores de gorras, en plena apoteosis de gloria, y seguido del camello, empezó la explicación de sus aventuras, mientras se dirigían con paso pausado y arrogante, a la casita del baobab.

— Imagínense ustedes — comenzó diciendo — que cierta noche en pleno Sáhara...



INDICE

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
A guisa de prólogo	7	EN EL PAIS DE LOS "TEURS" — La	
El jardín del baobab	9	travesía. — Las cinco posiciones	
Ojeada a la plácida ciudad de Tarascón. — Los cazadores de gorras	11	de la "chechia". — La tarde del tercer día. — Misericordia	41
¡Na! ¡Na! ¡Na!—Continúa la ojeada sobre la ciudad de Tarascón...	14	¡A las armas! ¡A las armas!	43
¡Ellos!	16	Invocación a Cervantes. — Desembarco.—¿Dónde están los "teurs"? —Desilusión.	45
Cuando Tartarín iba al Casino	18	El primer acecho	47
Los dos Tartarines	20	¡Pim! ¡Pam!	49
Los europeos en Shanghai. — El alto comercio. — Los tártaros. — ¿Será, quizá, Tartarín de Tarascón un impostor? — Espejismo...	22	Terrible combate. — A la buena pieza	51
Las fieras de Mitaine.—Un león del Atlas en Tarascón. — Terrible y solemne entrevista	24	El príncipe Gregory de Montenegro	53
Curiosos efectos del espejismo	27	Sidi Tart'ri ben Tart'ri	55
Antes de la marcha	29	"Nos dicen de Tarascón"	56
¡Estocadas, señores, estocadas! ¡Alfilerazos, no!	30	EN LA TIERRA DE LOS LEONES. — Las diligencias deportadas	61
De lo que se dijo en la casita del boabab.	32	Se ve pasar un señor bajito	64
La marcha	33	Aun quedan leones en África	66
El puerto de Marsella	36	La caravana en marcha	69
		Al acecho, de noche, en un bosque de adelfas	72
		¡Por fin!	74
		Catástrofe sobre catástrofe	76
		¡Tarascón! ¡Tarascón!	78

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406667236

